

**ESPIRITUALIDAD
Y
PEDAGOGÍA
DE
SAN JOSÉ DE CALASANZ**

Ensayo de síntesis

**ESPIRITUALIDAD
Y
PEDAGOGÍA
DE
SAN JOSÉ DE CALASANZ**

Ensayo de síntesis



ÍNDICE

Prólogo	7
ALMAS IGUALES	9
SIGLAS Y BIBLIOGRAFÍA	12
Introducción	13
I. ESPIRITUALIDAD PEDAGÓGICA DE SAN JOSÉ DE CALASANZ	15
1. Experiencia espiritual de San José de Calasanz	16
Educación familiar y cristiana	16
Sacerdocio postridentino	16
Cambio decisivo en Roma	17
Entrega a los niños por amor de Dios	18
Hacia una consagración religiosa	20
Kénosis definitiva	21
«Dios en el corazón»	23
Con sus propias palabras	24
A modo de resumen	26
2. Enseñanza espiritual de Calasanz	26
El carisma de «Cooperador de la Verdad»	27
El propio conocimiento, inicio del camino espiritual	27
Proceso de identificación con Cristo en la oración y la liturgia	29
Participar en su pasión por la abnegación diaria	30
Seguirle presurosos y perseverantes por la profesión religiosa	31
Obedecer por amor a Dios sumamente amado	34
Nos esforzamos en ser muy pobres y muy sencillos, y limpios de corazón	36
Vivir unidos por el vínculo de la caridad fraterna	38
Hacerse pequeños educando en la Iglesia	39
Pobres de la Madre de Dios	42
Dar gloria a Dios y servir al prójimo	42
La ayuda a los laicos	43
Sentencias espirituales de San José de Calasanz	44
A modo de resumen	48
3. Rasgos de una espiritualidad pedagógica	49
II. PEDAGOGÍA ESPIRITUAL DE SAN JOSÉ DE CALASANZ	51
1. Experiencia pedagógica de San José de Calasanz	52

Antecedentes en España	52
Período fundacional de su obra educativa	54
Período de consolidación de las Escuelas Pías	56
Período de crisis de la institución escolapia	58
Aportaciones pedagógicas nacidas de su experiencia	60
Con sus propias palabras	64
A modo de resumen	66
2. Enseñanza pedagógica de San José de Calasanz	67
El alumno	67
El educador	71
Padres de alumnos	79
Ambiente escolar	80
Integración de Piedad y Letras	81
Piedad	81
Letras	86
Método	91
Escuela graduada	94
Estructuras y organización	96
A modo de resumen	99
3. Rasgos de una pedagogía espiritual	101

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

CALASANZ, SANTO Y PEDAGOGO

El intento, llevado a cabo finalmente en 1995, de publicar una exposición breve y completa, a modo de síntesis, de la espiritualidad y pedagogía de San José de Calasanz ha superado los temores de no acertar. Lo demuestra la necesidad de una segunda edición. La revisión ha sido realizada por el P. Josep Anton Miró, que ya intervino en la redacción de la edición primera, sirviéndose también de observaciones llegadas de los lectores. Con pequeños retoques, que mejoran la primera redacción, llega ahora esta nueva edición en lengua castellana.

A San José de Calasanz se le conoce más como santo que como educador. De hecho no solía aparecer mucho en las historias de la pedagogía o de la educación. Laguna que se va corrigiendo poco a poco en época reciente. Se debió su olvido como educador y pedagogo, en parte a la misma despreocupación de los Escolapios por dar a conocer hacia fuera la figura del Educador José de Calasanz. Aún ahora, la mayoría de publicaciones sobre él son internas a la Orden o mayormente se difunden en ambientes escolapios. Si la laguna expuesta se va cubriendo, se debe efectivamente a que recientemente se han publicado obras con proyección externa a la Orden. Una cosa y otra hay que hacer.

En cambio el Santo Calasanz es universalmente conocido desde antiguo, aunque sólo fuera por figurar en el calendario cristiano de las festividades de los santos.

Calasanz es santo y pedagogo o, mejor, es un pedagogo santo o, como titula su obra biográfica magna el P. Severino Giner, «maestro y fundador».

La síntesis que presentamos de la espiritualidad y pedagogía de San José de Calasanz nos ofrece de forma conjuntada las dos cosas: la santidad y la «maestría» de Calasanz. En efecto, su espiritualidad calasancia no es más que la plasmación histórica de su experiencia espiritual que lo llevó hasta la santidad. La pedagogía, por su parte, es el camino que siguió en su larga experiencia de maestro de niños y jóvenes pobres de Roma.

Hay que alegrarse, pues, de las síntesis de espiritualidad y pedagogía calasancias y del hecho de que el libro nos las ofrezca conjuntadas. Ayudará sin duda a comprender más unitariamente la persona de Calasanz y motivará también a dar unidad a la experiencia espiritual y pedagógica de quienes en él se inspiran como forma de vida o como actuación educativa. Aquí se encuentran, compartiendo carisma calasancio, los religiosos y los laicos.

La forma sencilla, comprensible y breve, muy de acuerdo con la metodología que Calasanz quería para sus escuelas, del libro ayudará a su lectura y a ser utilizado con frecuencia como reclamo y referencia del hacer y quehacer del educador escolapio. También cumplirá perfectamente con la finalidad de ser instrumento adecuado de formación calasancia.

Lo hecho en este libro con Calasanz, cabría ir pensando en hacerlo con toda la historia escolapia posterior al fundador. Su espiritualidad y su pedagogía han ido enriqueciéndose a lo largo de más de cuatro siglos de presencia educativa de las Escuelas Pías. Todo un riquísimo patrimonio de espiritualidad y pedagogía, aportado por educadores escolapios unos hoy anónimos y otros sobresalientes en la memoria histórica, que debiera ser también conocido. Sólo estamos a la espera de algún emprendedor apasionado que ponga manos a la obra. Sin lugar a dudas, cumplirá una buena misión reconocida y agradecida por los mismos lectores que leerán estas páginas y que podrán constatar que lo que se dio en Calasanz ha sido una buena simiente que ha dado sus frutos a lo largo de la historia.

Pongo fin a estas palabras introductorias, con el agradecimiento a quienes, preparando este libro, nos posibilitan acercarnos a la aventura del Calasanz educador y santo para que, conociéndola, muchos se animen a seguirla en el presente, soñando nuevos y largos futuros.

Roma, 6 de marzo de 2005

(Aniversario de la aprobación pontificia, por Paulo V con el Breve «Ad ea per quae» (1617), de la Congregación «Paulina» de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías).

Jesús María Lecea
Padre General

ALMAS IGUALES

En la Liturgia de las Horas del último día del año leía estas palabras de S. León Magno: «Los que han sido reformados según una imagen única, conviene que tengan también unas almas bien iguales». Y lo leía, al tiempo que estaba dándole la enésima lectura previa a lo que iba a ser el texto definitivo de esta, por largo tiempo ambicionada, síntesis de espiritualidad y pedagogía de S. José de Calasanz.

No es cosa fácil conseguir una síntesis aceptable. Lo habíamos visto en la insatisfacción de los sucesivos intentos. Insatisfacción que siempre nos llevaba al rechazo de lo elaborado, pero prontamente también a una nueva tentativa.

Al fin uno descubre que «la» síntesis siempre quedará por hacer. La del «libro de la vida» será allá donde la podremos admirar no en espejo o en enigma; ahora, nos cabe la doble tarea de intentar aventurar algo consistente que pueda servir de base —ahí queda ofrecido, así lo esperamos, en este opúsculo—, y luego dejar que cada cual la complete y haga «su» propia síntesis permanentemente abierta: por una parte, confrontándola con los documentos que nos acerquen a una más plena comprensión de su vida y misión; por otra, a los que con razón y empeño nos llamamos «Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías», nuestra propia experiencia espiritual y pedagógica escolapias nos puede alumbrar sucesivamente, en un *crescendo* abierto a plenitud, lo que fue esta experiencia original y originante del carisma en nuestro Fundador.

Iluminadoras son, a este respecto, las palabras de la *Mutuae Relationes* (1978) cuando define el carisma de los

fundadores como una «experiencia del Espíritu, transmitida a sus propios discípulos para ser por éstos vivida, custodiada, profundizada y constantemente desarrollada en sintonía con el cuerpo de Cristo en perenne crecimiento» (n. 11).

De notar, en primer lugar, la riqueza, totalizadora y comprehensiva, del carisma que nos sintetiza a todo el Fundador: «un estilo propio de santificación y de apostolado» (MR 11) y que, en el Documento final del Congreso de la Unión de Superiores Generales habido en Roma en noviembre de 1993, viene explicitado de la siguiente manera: «El carisma implica un modo específico de ser, una específica misión y espiritualidad, estilo de vida fraterna y estructura del instituto, al servicio de la misión eclesial».

Y, en segundo lugar, que el carisma compartido nos vincula germinalmente a todos los que hemos sido llamados a vivirlo, a ajustar una y otra vez nuestra vida y misión a este ideal que nos conforma y que nos hace símiles en espíritu, según apropiación —no creo que indebida— de las palabras de S. León Magno, que él aplica ciertamente a Jesús.

Que esta sintonía con el carisma fundacional sea, en realidad, la que nos mueva a todos a acercarnos paulatina y progresivamente, con ojos maravillados y corazón agradecido, a este hontanar de gracia que es la experiencia espiritual y pedagógica de quien Dios puso y dispuso como padre y maestro de nuestra propia vivencia escolapia.

¡Cuánta razón tenía José Cristo Rey García Paredes en la síntesis teológica del citado Congreso que organizó la Unión de Superiores Generales en preparación del Sínodo de Obispos sobre la Vida Consagrada! Dispensad la larga cita, pues estimo que vale la pena:

«Cada Instituto deberá reencontrar y asumir su propio itinerario de espiritualidad en el camino espiritual del pueblo de Dios. La revitalización carismática hará necesario replantearse los procesos formativos de iniciación y configurará la formación continuada como auténtica reinicia-

ción carismática. Formar desde experiencias fuertes y pedagógicas en la línea del carisma permitirá a la Vida Consagrada redescubrirse en una nueva época y cultura. En lo que a nosotros respecta, gran parte de nuestro futuro se juega en la formación. Ella ha de traducir en el proceso de iniciación carismática los valores de misión y comunión descubiertos. Ella está llamada a posibilitar el contacto con el fuego de los orígenes evangélicos y carismáticos» (*Carismas en la Iglesia para el mundo. U.S.G. Ediciones S. Pablo, 1994, pp. 311-312*).

Hoy ya es algo pacíficamente aceptado que lo que siempre hemos dicho en relación a la participación del carisma por parte de los religiosos, se aplica también a los seculares que, movidos por el Espíritu, se asoman al brocal del mismo pozo a beber aguas hermanas. De ahí que la lectura de esta síntesis de espiritualidad y pedagogía de S. José de Calasanz queda abierta, como invitación y reclamo, a tantos seculares para que también ellos, conformados según una misma imagen, sean llamados a compartir afinidades de alma y espíritu. ¡Calasanz nos une!

Ahí os dejo. Y yo, sin pérdida de tiempo, comienzo con amor y pasión mi enésima-más-una lectura... del texto en fidelidad creativa. Nada más fuerte que el amor.

Que tengáis suerte en vuestro camino. Os lo deseo de corazón.

Roma, 1 de enero de 1995.

Josep María Balcells
Padre General

SIGLAS Y BIBLIOGRAFÍA

I. Los textos de Calasanz se pueden encontrar completos y en su contexto en las siguientes obras:

- BC C. Bau, *Biografía crítica de S. José de Calasanz*, Madrid 1949.
- CC *Constituciones de S. José de Calasanz*, en J. M. Lesaga y otros, «Documentos fundacionales de las Escuelas Pías», Salamanca 1979, pp. 21-156.
- DC D. Cueva, Calasanz, *Mensaje espiritual y pedagógico*, Madrid 1973.
- EP L. Picanyol, *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, vol. IIX, Roma 1950-1956.
- EV C. Vilá Palá, *Epistolario di S. Giuseppe Calasanzio*, vol. X, Roma 1988.
- FEP Congregación General, *La Fraternidad de las Escuelas Pías*, Salamanca 1988.
- GD A. García Durán, *Itinerario espiritual de S. José de Calasanz de 1592 a 1622*, Barcelona 1967.
- MRE M. Rodríguez Espejo, *En cualquier frontera: Calasanz*, Madrid 1988.
- SG S. Giner, *San José de Calasanz. Maestro y fundador*, BAC maior n. 41, Madrid 1992.
- SJC Gy. Sántha, *San José de Calasanz. Obra pedagógica*, BAC n. 159, Madrid 1984
- SL S. López, *Documentos de S. José de Calasanz*, Bogotá 1988.
- TONTI *Memorial al cardenal M. A. Tonti*, en J. M. Lesaga y otros, «Documentos fundacionales de las Escuelas Pías», Salamanca 1979, pp. 177-193.
- VB V. Berro, *Annotazioni* (a cura del P. O. Tosti), Roma 1988.
- JL J. Lecea, *Declaraciones de San José de Calasanz a las Constituciones primeras de las Escuelas Pías*, Analecta Calasanziana, n. 50 (1983) 561-631.

II. Una bibliografía completa sobre el tema puede verse en Bibliografía calasanziana, Analecta Calasanziana n. 73 (1995), apartados E, F.

III. Bibliografía fundamental empleada en esta síntesis:

Capítulo General Especial de las Escuelas Pías, *Declaración sobre la espiritualidad calasanziana*. Notas, Roma 1969.

Capítulo General Especial de las Escuelas Pías, *Declaración sobre el carisma calasanziano*, en «Declaraciones y Decretos», Madrid 1970, pp. 20-79.

AA. VV., *Seminario de Espiritualidad Calasanziana*, Analecta Calasanziana, n. 63 (1990).

AA. VV., *Seminario de Pedagogía Calasanziana*, Analecta Calasanziana, n. 65 (1991).

INTRODUCCIÓN

1. En la vida de San José de Calasanz (1557-1648) su experiencia espiritual y su experiencia pedagógica están íntimamente unidas. Esta integración dinámica constituye una de las notas más características de su identidad personal.

Calasanz estuvo dotado de una gran personalidad humana y vivió unas circunstancias históricas en las que descifró la voluntad de Dios. Nuestro Santo respondió libre y generosamente, recorriendo un largo camino de identificación con Cristo y de compromiso con el Evangelio.

El itinerario espiritual y pedagógico de Calasanz fue personal, pero como fundador de un nuevo instituto eclesial (las Escuelas Pías) ha servido y sirve a otros para vivir el Evangelio de manera parecida a como él lo vivió, compartiendo un mismo carisma recibido del Espíritu. San José de Calasanz es así padre espiritual de cuantos descubren en su experiencia espiritual y pedagógica un ejemplo a seguir, y como discípulos de Jesús aprenden en sus enseñanzas a configurar y unificar su vida.

Este acercamiento a la visión global de la espiritualidad y pedagogía calasancias, que ahora se publica, intenta presentar lo esencial del camino espiritual y pedagógico de S. José de Calasanz. Es el resultado de cuatro seminarios sucesivos celebrados de 1990 a 1993. Como ensayo de síntesis, está abierto a ulteriores estudios que lo perfeccionen, pero pretende ofrecer una ayuda cualificada a los religiosos escolapios y de la familia calasancia, y a los laicos que se sienten atraídos por Calasanz y comparten su misión educativa cristiana para que puedan identificarse más plenamente con lo esencial de su vocación calasancia.

**I. ESPIRITUALIDAD
PEDAGÓGICA
DE
SAN JOSÉ DE CALASANZ**

2. Por espiritualidad se entiende hoy la totalidad de la existencia de una persona en cuanto está dinamizada por el Espíritu de Jesús.

En esta síntesis, la espiritualidad de Calasanz la presentamos en dos partes. En la primera recorreremos su itinerario espiritual como fruto de la experiencia vivida por él bajo la guía del Espíritu; en la segunda se pretende sistematizar el camino que propuso a sus seguidores a través de sus escritos, reflejo de su experiencia personal. Como conclusión se presentan los rasgos más característicos de su espiritualidad pedagógica.

1.1 Experiencia espiritual de Calasanz

Educación familiar y cristiana

3. Nuestro Santo recibió la gracia de iniciar su proceso espiritual y humano en el seno de una familia sana. Como él mismo decía, «su padre y su madre le educaron con el temor de Dios y le hicieron aprender las buenas letras, y así sería necesario que hicieran todos los padres y madres, educar a los hijos en el temor de Dios» (H. Lorenzo Ferrari, en SG, p. 61). Según un antiguo testimonio, el Santo explicó en cierta ocasión que «de pequeño atendía a las devociones y rezaba siempre el Oficio Parvo de la Virgen y otras devociones, pero muy particularmente el santo Rosario» (H. Lorenzo de Ferrari, en SG, p. 61).

Habiendo manifestado el deseo de ser sacerdote, recibió una excelente formación universitaria, y Dios le ayudó a realizar su vocación a pesar de las dificultades que parecían impedirselo y que le obligaron a frecuentes cambios de lugar e incluso a interrupciones en los estudios.

Sacerdocio postridentino

4. Calasanz recibió la ordenación sacerdotal en 1583. La Iglesia vivía entonces un período postconciliar de aplicación de las disposiciones de Trento. Fue por tanto una persona preocupada por la Reforma de la Iglesia y de la

sociedad, y toda su vida acentuó los valores teológicos subrayados por aquel concilio, como la doctrina de la gracia y de los sacramentos, que aplicó a la vida espiritual y al ministerio educativo.

En los primeros años de ministerio en su diócesis de Urgell, influyó mucho en él su obispo, Andrés Capilla, cartujo y anteriormente jesuita, discípulo de Antonio Cordeses¹. Fue Capilla quien con su talante, al mismo tiempo contemplativo y reformador, le marcó en su itinerario espiritual. De él recibió sus primeros cargos pastorales y, con su ejemplo y doctrina, le inclinó al mismo tiempo al cultivo de la vida espiritual.

Cambio decisivo en Roma

5. Por motivos personales, por una experiencia interior profunda y, quizás, también para servir a su diócesis, Calasanz se trasladó a Roma (año 1592) con el propósito de regresar pronto. El objetivo de obtener alguna canonjía se complicó progresivamente; y al mismo tiempo que fracasaban una y otra vez sus proyectos, la Providencia le puso en contacto con la pobreza material y espiritual del pueblo y le hizo conocer experiencialmente corrientes vivas de espiritualidad renovada: el franciscanismo con su amor por la pobreza evangélica y su sentido fraterno; el teresianismo de los carmelitas de la Scala² y su escuela de oración y de vida interior personal; el sentido catequético de los cofrades de la Doctrina Cristiana, la sencillez pastoral de los oratorianos de S. Felipe Neri y la disponibilidad apostólica de los jesuitas. Todo aquello engendró en su vida una experiencia nueva que le cuestionó fuertemente. Calasanz, en busca de luz, multiplicó sus oraciones y obras de caridad, y pidió consejo. Fueron años breves e intensos de discernimiento espiritual y de búsqueda sincera de la voluntad de Dios y de su misión en la Iglesia.

¹ Jesuita, representante de la corriente contemplativa en los primeros tiempos de la Compañía (cf. SL, pp. 75-77).

² Primer convento en Roma de los PP. Carmelitas descalzos, cerca de Sta. Dorotea.

Finalmente, «de los vestidos de seda y honores mundanos, tocado por el Espíritu Santo dejó todas las comodidades que tenía antes, y se dio a una vida mortificada y ejemplar» (GD, p. 58, n. 377), como casi retratándose narra él de Glicerio Landriani; o como nos dicen algunos testigos: «Vino a Roma para pretender alguna prebenda eclesiástica, pero después, tocado por Dios y conociendo que toda cosa de este mundo es vanidad, dejó el siglo y fundó la religión» (Francisco Gutiérrez, en SG, p. 323). «Vino a Roma [...] Pero luego se resolvió a otro tenor de vida [...] y se entregó totalmente al Espíritu» (Tomás Simón, en SG, p. 323). «[...] determinó abandonar sus pretensiones y darse de todo corazón a Dios» (Francisco Motes, en SG, p. 323).

6. En este proceso de conversión teológica de Calasanz en sus primeros años romanos estuvo muy presente María cuyo santuario de la Madonna dei Monti³ por entonces visitaba con frecuencia. El Santo tenía el convencimiento de que «todas las gracias que había recibido de Dios las había recibido por medio de la Beata Virgen» (*Summarium Magnum*, p. 48, Reg. Cal. XXXVIII), y en consecuencia de modo especial la gracia que orientó definitivamente su vida según los planes de Dios. «Quiso que su Instituto se llamase Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, y debido a la devoción que quería imprimir en los corazones de todos, y sobre todo de los religiosos, hizo acuñar una medalla con la efigie de la Virgen Santísima y de un religioso que se encontraba de rodillas a los pies de ella, en acto de recibir de la Beatísima Virgen esa medalla y de llamarse su esclavo» (P. Provincial de la Provincia Romana, BC, p. 491).

Entrega a los niños por amor de Dios

7. La transformación interior de Calasanz, dinamizada por la gracia de Dios y la mediación de María, fue susci-

³ Cuadro de la Virgen, encontrado poco antes de la llegada de Calasanz a Roma. En el lecho de muerte reveló que se le había aparecido la Madonna dei Monti.

tada exteriormente por la pobreza material, cultural y religiosa que captó en los barrios de Roma, y se manifestó también exteriormente por su decisión de entregar su vida a la salvación integral de los niños pobres, por medio de la educación, convencido de que con ello fundamentaba de manera singular y desde la base la verdadera reforma de la Iglesia y la sociedad. Así lo expresó en esta frase emblemática que le atribuye el P. Berro⁴: «He encontrado en Roma mejor modo de servir a Dios ayudando a los niños pobres, y no lo dejaré por cosa alguna del mundo» (VB, t. 1, p. 73; cf. VB, t. 2, p. 246).

Durante casi cincuenta años vivió Calasanz esta entrega total y exclusiva a los niños como expresión visible de su entrega a Dios. Sus contemporáneos fueron testigos de ello. Algunos testigos del Proceso de Beatificación hicieron notar que en esta entrega sus preferencias iban dirigidas a los más pobres, a los más pequeños y a su formación religiosa.

«Yo he visto casi diariamente al Padre asistir con toda caridad a enseñar a los párvulos y entre éstos, escoger a los más pequeñines y mendigos y descalzos; y les enseñaba con tanta caridad que yo quedaba edificado; y a los mejor vestidos se los dejaba a los otros padres» (H. Francisco Noberasco, en SG, p. 622, n. 124).

«Yo veía el cuidado e interés que ponía en la educación de los pequeños y me edificaba contemplando el gran cariño con que los instruía» (Tomás Cochetti, BC, p. 426). «[...] habiendo sido inspirado de Dios a hacer esta obra de recoger los niños pobres que se veían en gran número vagabundos por Roma, enseñándoles y educándoles primero en la ley de Dios y luego en las letras humanas y divinas» (Miguel Jiménez Barber, BC, p. 266).

8. En esta entrega de sí mismo a los niños, la gracia desarrolló en Calasanz virtudes pedagógicas como la humil-

⁴ Vicente Berro, uno de los religiosos predilectos del santo, secretario suyo y uno de los primeros historiadores de la Orden. Murió en Florencia en 1666.

dad y la sencillez, la disponibilidad y la entrega total y, sobre todo, la caridad y la paciencia, que el Santo mencionó por dos veces como fundamentales en el Proemio de sus Constituciones (cf n. 4,6). «He visto al P. José de la Madre de Dios, adornado siempre de muchas virtudes, de humildad grande, de caridad perfectísima con sus enfermos; y soy testigo de la gran caridad con que enseñaba a los niños, aun a los más pequeños y principiantes, a quienes enseñaba a deletrear» (Cristóbal de Antoni, BC, pp. 426-427).

Hacia una consagración religiosa

9. A partir de su transformación espiritual, Calasanz se entregó de lleno a su obra con beneplácito de muchos, ciertamente, pero también con dificultades y oposiciones. Había renunciado a sus proyectos personales pero todavía no del todo a sí mismo. Dios permitió estas pruebas para ayudarle a renunciar a sí mismo y a sus cosas, y a confiar solamente en Él.

Cuando todo el mundo alababa a Calasanz por su obra, con peligro de halagar su vanidad, sintiéndose protagonista necesario, una aparatosa caída que le obligó a permanecer seis meses inmovilizado en cama, le ayudará a progresar en la humildad, renunciando a todo protagonismo.

Por otra parte, la obra pía iniciada obligó al Santo a dedicar todos sus bienes a las escuelas, y pronto experimentó de lleno la inseguridad económica y la pobreza. «He oído decir de pública voz y fama que él fundó las Escuelas Pías y que allí gastó todas sus entradas [...] y esto lo escuché del dicho P. Gaspar⁵ que afirmaba que las entradas del P. General eran pingües» (Tomás Cocchetti, en GD, p. 111, n. 563).

También experimentó el fracaso de varios planes para dar continuidad a su obra, confiándola a alguna institución religiosa ya existente, convenientemente reformada, y esto le preparó definitivamente, como culminación de su

⁵ Gaspar Dragonetti, uno de los primeros compañeros de Calasanz, muerto con casi ciento veinte años en 1628.

proceso interior, a ponerse del todo en manos de Dios abrazando la vida religiosa al fundar la Congregación Paulina⁶ (año 1617).

10. Humildad, pobreza y obediencia fueron las virtudes de las que Calasanz nos dio testimonio, especialmente desde que hizo su profesión como religioso.

«Yo siendo pobre y de edad avanzada, no deseo cosas superfluas, sino que quisiera morir pobre de las cosas de la tierra» (EP, c. 4433). «Hasta ahora no me he opuesto a cuanto me ha escrito el P. Mario⁷, Provincial de Toscana, antes por el contrario, le he mandado muchos religiosos y le mandaré aún más con gran perjuicio de algunas casas, y no creo que este daño se me impute a mí en presencia de Dios, pues no hago más que cumplir la obediencia a esta Sagrada Congregación» (EP, c. 3982).

Kénosis definitiva

11. En los primeros años de su vida como religioso, Calasanz recibió el consuelo espiritual de ver la expansión de su obra, pero al mismo tiempo entró en una progresiva experiencia de despojo, de «kénosis», a imitación del Maestro Crucificado, profundizando en la humildad y la pobreza, vaciándose de sí para llenarse solamente de amor y entrega a Dios y al prójimo.

Así, cuando puso sus esperanzas naturales en algún posible sucesor apto para poderse retirar y descansar, dada su edad, tuvo que renunciar a ellas porque murieron primero Glicerio Landriani⁸ y más tarde Giacomo Graziani⁹

⁶ Nombre del Instituto religioso de las Escuelas Pías antes de ser aprobado como Orden religiosa.

⁷ Mario Sozzi, posteriormente Vicario General de la Orden, hasta su muerte en 1643, al ser depuesto de su cargo José de Calasanz por un contencioso injustificado con el Santo Oficio, maquinado por el primero.

⁸ Emparentado con S. Carlos Borromeo, gran catequista, muerto siendo novicio de las Escuelas Pías en febrero de 1618. Declarado Venerable por Pío XI en 1931.

⁹ Sucesivamente Provincial de Roma, Asistente General y Visitador de Nápoles, fallecido en 1634.

en quienes había puesto sus expectativas. Y cuando comenzaban a apuntar graves problemas en la Orden recibió del Papa el nombramiento de Superior General vitalicio (año 1632).

La Congregación General de 1627 y los Capítulos Generales de 1637 y 1641 impusieron determinaciones distintas a lo que pensaba Calasanz, que renunció a lo que creía conveniente en algunos asuntos para dar solidez a su obra de las Escuelas Pías.

Pero su despojo llegó al máximo cuando, muy anciano, fue objeto de calumnias ante el Santo Oficio y ante el Papa al señalarle como culpable de algunos desórdenes internos del Instituto, obedeciendo heroicamente en todo momento. Pero sobre todo soportó las limitaciones impuestas a la Orden por parte de Inocencio X, que presagiaban y preparaban una supresión de su obra. Esta fue su respuesta en el Oratorio de S. Pantaleón ante la comunidad entristecida al escuchar la lectura del breve papal del 16 de marzo de 1646: «El Señor dio, el Señor quitó. Como plugo al Señor, así se hizo. Bendito sea su nombre (Job 1, 21)» (BC, p. 1111).

12. Los acontecimientos externos hicieron madurar en el alma de Calasanz una experiencia de comunión más plena con el Misterio Trinitario de Dios. Esto se manifiesta en una inmensa confianza en Dios Padre («Nuestra confianza está sólo en Dios, el cual no abandona jamás en la necesidad» —EP, c. 287—), en un amor total a Cristo Jesús, sobre todo en el misterio de su Pasión y Cruz («La verdadera felicidad y bienaventuranza no la conoció ninguno de los antiguos filósofos y, lo que es peor, pocos, por no decir poquísimos, la conocen entre los cristianos, por haberla colocado Cristo, que fue nuestro maestro, en la Cruz» —EP, c. 1662—), y en una delicada docilidad al Espíritu Santo («La voz de Dios es voz de Espíritu que va y viene, toca el corazón y pasa; no se sabe de dónde venga o cuándo sopla; de donde importa mucho estar siempre vigilante para que no venga improvisamente y pase sin fruto» —EP, c. 131—).

13. En los últimos años de su vida Calasanz recibió la gracia de ser identificado plenamente con el Señor en su pasión, que el Santo había meditado muchos años cada día en su oración. Fue una experiencia de total vacío humano colmado de plenitud divina. Su secretario recibió más de una vez esta mística confidencia: «Sé de una persona que con una sola palabra que Dios le dijo en el corazón soportó con mucha paciencia y alegría quince años de grandes trabajos y persecuciones» (VB, t. 1, p. 168).

14. Calasanz vivió apoyándose exclusivamente en Dios y en el auxilio de su Stma. Madre de manera cada vez más evidente. En sus últimas cartas escritas a partir de 1646 nos da testimonio admirable:

De fe plena y de esperanza en Dios

Escribe a un religioso de Nikolsburg¹⁰, momentos después de haber escuchado la lectura del Breve de supresión de la Orden: «V.R. no pierda el ánimo, porque esperamos en el Señor que todo se arregle, mientras permanezcamos unidos» (EP, c. 4344). Un año más tarde, escribe a otro padre, también en Nikolsburg: «Es necesario mantener el ánimo y fortificarlo con la esperanza del auxilio divino, pues es un desdén de la bondad y providencia divinas el no esperar en ella hasta lo último. V.R. tenga la bondad de animar a los demás a esta verdadera fe y confianza en Dios bendito, y las cosas irán como Dios permita que vayan» (EP, c. 4456). Y en su última carta autógrafa que conservamos: «Sed constantes y veréis la salvación de Dios sobre vosotros. Pedimos por vosotros para que no os entristezcáis, sino que en la tribulación brille más vuestra virtud» (EP, c. 4463).

De amor fiel y de entrega a los niños

Poco antes de escuchar la lectura del Breve inocenciano escribió: «No puedo acabar de entender que un

¹⁰ Hoy Mikulov en la República Checa.

instituto tan útil y requerido por toda Europa y alabado aun por los herejes, pueda ser destruido por la malicia humana tan fácilmente (EP, c. 4341). Y un año después, aproximadamente: «Tenemos todos la esperanza firme que Dios bendito saldrá a favor de nuestro Instituto el cual se funda únicamente en la caridad de enseñar a los niños pobres particularmente, para que no pueda decirse que ‘los niños pidieron pan y no hubo quien se lo diera’. Tenemos todos la voluntad grande de servir al Señor en sus miembros que son los pobres, para que podamos oír en el tiempo oportuno: ‘lo que hicieréis a uno de estos más pequeños me lo habéis hecho a mí’» (EV, c. 4454/1).

De confianza activa en la resurrección del Instituto

«Vuestra Reverencia tenga buen ánimo, no crea cuanto le escribe algún apasionado; tenga en cambio por cierto que el Instituto quedará en pie» (EP, c. 4354). «Mientras me quede aliento tendré esperanza de verlo otra vez restablecido a su ser primitivo» (EP, c. 4341).

Con sus propias palabras

15. La experiencia espiritual de Calasanz, además de en los textos ya citados, queda reflejada en algunos párrafos de sus cartas en que habla de sí mismo.

«Dios, por su misericordia, será nuestro protector ahora y siempre. Y nos bendecirá, como esperamos, en su santísima bondad» (EP, c. 4270).

«Me encomiendo y encomendaré siempre al santísimo Crucifijo y a la bendita Virgen, su Madre, para que se dignen proteger esta su religión» (EP, c. 3982).

«Me desagrada mucho la palabra ‘aflicción’, porque nadie puede con mayor razón que yo tener aflicción, pues de todas partes me llegan toda clase de aflicciones graves. Pero considerando que todo me viene de la mano de Dios y que yo cuanto hago lo hago por su amor, siendo Él un Padre tan benigno y amoroso, lo soporto todo con paciencia, resuelto a morir antes que abandonar la

empresa, y así arrojo fuera toda aflicción y melancolía» (EP, c. 1148).

«Yo actúo por pura caridad, porque deseo su salud como la mía propia» (EP, c. 1149).

«Deseo y me es gratísimo poder contribuir y cooperar en todas partes a la salud de las almas con nuestro Instituto» (EP, c. 2029).

«Yo estoy más obligado al bien común de la religión, formando bien a los religiosos, que a dar satisfacción a cualquier particular, que demasiada he dado en el pasado. Y cuando ellos no ayudan a la Religión, no nos faltará, por otro lado, la ayuda del Señor» (EP, c. 539).

«Mi voluntad es que se observen las Constituciones. Quien no las observa, pareciéndole que no obligan ni a pecado venial, digo que éste tal no tardará mucho en dejar de cumplir algún mandamiento de Dios. Porque el religioso, de aquello viene a esto» (EP, c. 2229).

«Desde el año pasado estaba yo herniado de un lado, y desde hace unos días, de los dos. Pero no por eso tengo menos ánimo para servir y padecer por su amor cuanto se ofrezca, particularmente de nuestro ministerio, que es la educación y reforma de los niños» (EP, c. 247).

«En cuanto al progreso de nuestra religión, yo espero que el Espíritu Santo, que inspiró a la Sagrada Congregación de Cardenales, dará también fuerza y espíritu a quienes con humildad, caridad y paciencia lo ejerciten» (EP, c. 237).

«No hay herida tan grande que no tenga algún remedio. Yo estoy seguro de que en lo que falten los hombres, suplirá Dios. Que Él, por su misericordia, quiera guiar todas nuestras cosas a su mayor gloria» (EP, c. 4340).

«Espero en aquella autoridad que dice: en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman» (EP, c. 3910).

«Tenga buen ánimo y no se amargue por los trastornos que ahora suceden. Porque espero en la misericordia de Dios que todas las cosas se resolverán bien, si con paciencia y prudencia sabemos navegar mientras dura esta tormenta» (EP, c. 3841).

«Mientras yo tenga aliento, no perderé el deseo de ayudar al Instituto, con esperanza de volverlo a ver asegurado, fundándome en aquellas palabras de un profeta que dice: quedaos quietos, y veréis la salvación de Yahvé, que vendrá sobre vosotros» (EP, c. 4309).

«Yo, como pobre y de edad avanzada, no ambiciono cosas superfluas. Deseo morir pobre de bienes terrenos» (EP, c. 4433).

«Dejemos obrar a Dios» (VB, t. II, p. 61).

A modo de resumen

16. La experiencia espiritual vivida por Calasanz tiene dos polos complementarios: uno de anonadamiento y despojo, de kénosis personal para superar los obstáculos al plan de Dios en su vida; y otro de entrega amorosa a este plan, llenando su existencia con la dedicación a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y al prójimo, en particular por el ministerio apostólico de la educación de los niños, realizado bajo la protección de María, educadora de Cristo.

Al final de su largo itinerario espiritual, la Madre de Dios le confortó en las últimas horas de su vida y le inundó de confianza y paz, antes que Calasanz pronunciara por tres veces su última palabra en este mundo: Jesús.

1.2 Enseñanza espiritual de Calasanz

17. Con su entrega fiel y generosa al plan de Dios según el carisma recibido, Calasanz configuró un estilo de vida y misión evangélicas que constituyen para todos sus hijos escolapios un ejemplo y camino a seguir. Y siendo

Fundador de nuestra familia religiosa, nos propuso, sobre todo en sus Constituciones, el itinerario espiritual característico de nuestra vocación carismática y nos animó a seguirlo con los consejos prácticos de sus cartas.

En una de ellas se presenta como Padre espiritual que quiere comunicarnos el espíritu que el Señor le ha dado: «He escrito una carta al P. Juan Lucas, en la cual le doy a entender con afecto paterno lo mucho que deseo comunicarle con caridad el espíritu que el Señor me ha dado y le exhorto con cuanto afecto puedo a que venga a Roma y que esté junto a mí un tiempo, para que aprenda el camino estrecho que lleva al paraíso, el cual, una vez aprendido, se vuelve fácil y seguro» (EP, c. 3913).

El carisma de «Cooperador de la Verdad»

18. Según el *Proemio de las Constituciones*, cuidadosamente escrito por Calasanz, el estilo escolapio de *vida y misión*, o sea nuestra identidad, ha nacido en la Iglesia por obra del Espíritu como camino evangélico. La misión específica que se nos confía consiste en evangelizar a niños y jóvenes por medio de la educación cristiana, dando prioridad en ésta a la enseñanza desde los primeros años, a la educación de los pobres y a la formación religiosa. Pero según el mismo proemio, esta misión pastoral y social sólo se puede realizar desde una experiencia personal de vida empapada de actitudes evangélicas de pobreza y humildad, de paciencia y caridad. Solamente integrando misión y vida el escolapio llegará a ser verdadero Cooperador de la Verdad, carisma recibido que le irá transformando progresivamente y configurando de forma nueva toda su existencia a través de un largo itinerario espiritual (CC, 1-7).

El propio conocimiento, inicio del camino espiritual

19. El punto de partida del camino espiritual del escolapio en su vida y misión es un doble conocimiento, el de uno mismo y el de Dios que nos concede sus dones o

talentos. De este inicio nos habla Calasanz en los primeros capítulos de la *primera parte de sus Constituciones*, dedicada a señalar los objetivos de la vida cristiana del escolapio.

«Es un buen principio de la vida espiritual el del propio conocimiento y miseria en la que todos nacemos y también de la ingratitude con que después de tantos beneficios hemos correspondido a Dios y si se ejercita en ello con diligencia [...] yo le aseguro que tendrá en esta vida por premio algún conocimiento de Dios, el cual es una ciencia tan grande que una partícula del mismo aventaja a todas las ciencias humanas [...] El conocimiento de Dios va beatificando al hombre según el grado que después del conocimiento crece en el amor divino. Le exhorto a hacer que cada día la primera cosa sea ese estudio después del cual el Señor le concederá todas las demás cosas que el mundo no conoce» (EP, c. 1339).

Como fruto de este doble conocimiento —pequeñez del hombre y grandeza de Dios— brota en el corazón del escolapio «el santo temor de Dios, principio de la Sabiduría» (EP, c. 4321, 1931).

El propio conocimiento lleva, por una parte, al descubrimiento de las propias pasiones que «con dificultad se diagnostican y con dificultad mayor se desarraigan», y por otra, a la búsqueda de la «tendencia profunda y orientación del Espíritu Santo» que indicará «el camino por el que cada uno ha de llegar a la cumbre de la perfección». Este doble conocimiento es tan importante y básico en la vida espiritual que Calasanz no cree pueda dejarse sólo como tarea personal, sino que necesita la ayuda y acompañamiento de un guía espiritual y el discernimiento comunitario (CC, 16-25).

Todo este proceso interior dispone al escolapio a ponerse en manos de Dios para cumplir su voluntad, y a vivir despojado de todo para seguir al Señor como verdadero Pobre de la Madre de Dios. Puede así consagrarse por la profesión religiosa a Dios Padre, Hijo y Espíritu

Santo, y también a la Virgen María Madre de Dios como perpetuo esclavo (CC, 28-31; EP, c. 296).

*Proceso de identificación con Cristo
en la oración y la liturgia*

20. Guiado por el Espíritu, el escolapio ha de continuar toda su vida, según Calasanz, el proceso de adhesión progresiva a Cristo el Señor sin mirar nunca atrás, deseoso de vivir sólo para Él y de agradecerle sólo a Él (CC, 33-35).

«El olor del buen religioso consiste en hacerse un vivo retrato del ejemplar de toda virtud, Jesucristo, de suerte que todas sus acciones, palabras y pensamientos hagan que sientan el olor de Cristo todos los que le ven» («Breve escrito de S. José de Calasanz» en SL, p. 242).

Para ello será necesario el cultivo asiduo de la oración interior en comunidad, «contemplando cada día a Jesucristo crucificado y sus virtudes según el ejemplo de San Pablo, para conocerle en la intimidad, imitarle y recordarle durante el día» (CC, 44).

«El verdadero libro en el que todos debemos estudiar es la pasión de Cristo, el cual da la sabiduría conveniente al estado de cada uno» (EP, c. 1563).

Esta oración debe continuar de forma personal en la propia habitación según las sugerencias del Espíritu (CC, 48). Escribe el Santo: «Sabe Dios con cuánto afecto le deseo a V. R. la asistencia continua del Espíritu Santo, de modo que tratando con él «a puerta cerrada», al menos una vez o dos al día, sepa guiar la navecilla de su alma por el camino de la perfección religiosa hacia el puerto de la felicidad eterna, siendo éste el primero y principal asunto que debe tratar cada uno de nosotros, y si éste va bien, todos los demás asuntos se resolverán con buen éxito en la presencia de Dios, aunque parezcan de otra manera a la prudencia humana» (EP, c. 3858).

De esta manera Calasanz se manifiesta seguidor de Santa Teresa, de quien recibió favores y cuyas obras leía.

Recomendaba a sus religiosos: «Si el tiempo que no pudieran emplear en ayudar a los niños conforme ordena nuestro instituto, lo emplearan en leer el *Camino de perfección* de Santa Teresa, verían cómo se inflamaría su corazón, pues las palabras de dicha santa tienen una gran eficacia para quien la lee con devoción» (EP, c. 2860).

Para Calasanz, la oración ocupa un lugar tan importante en la vocación escolapia que en el Memorial al Cardenal Tonti¹¹ habla del ministerio contemplativo de la Orden, íntimamente unido al ministerio educativo, haciendo de la nuestra una vida mixta, más perfecta en el sentido explicado por Santo Tomás (cf. TONTI, n. 26; cf. *Summa Theologica* II-II, q. 188, a. 6).

El clima de oración, de recogimiento y silencio, y la vivencia de la presencia de Dios en las tareas diarias disponen al escolapio, según Calasanz, a una plena participación en las celebraciones litúrgicas sobre todo de la Eucaristía (CC, 49-63). En varias cartas llenas de unción exhorta Calasanz a celebrarla con reverencia y devoción interior (cf. EP, c. 3706, 3669).

Participar en su pasión por la abnegación diaria

21. Las mortificaciones y renunciaciones que conlleva la vida religiosa, las contradicciones y la enfermedad, las limitaciones de la edad y la muerte son maneras distintas de participar de forma real en la pasión de Cristo, y han de ser recibidas con paz como un don del Señor (CC, 64-65, 72-94). «Acostumbra ordinariamente el Señor a mortificar en esta vida a los que ama como hijos, para no tenerles que hacer sufrir en la otra. Siendo esto cierto, debemos tomar todos de su mano paterna todas las cosas que nos suceden, especialmente las enfermedades» (EP, c. 1468).

En los sufrimientos de la cotidianidad entramos en comunión con la pasión y la actualizamos salvíficamente.

¹¹ Memorial en el que Calasanz defiende el reconocimiento de su Instituto como Orden religiosa. El cardenal Tonti legó sus bienes para la fundación del Colegio Nazareno en Roma, que todavía existe.

«Por amor del Señor, que sin haber pecado padeció por cada uno de nosotros, sin estar obligado, tantas tribulaciones y oprobios, debemos nosotros padecer grandes cosas, como lo hacen los elegidos del Señor para darle gusto, aunque antes debemos considerar que lo merecemos por nuestros pecados, para humillarnos siempre» (EP, c. 1353). «En Cristo bendito crucificado se encuentran escondidos infinitos tesoros espirituales para quien aborrece los gustos de los sentidos y ama los del espíritu. Roguemos al Señor que nos dé el espíritu y el fervor de imitarle en cuanto nos sea posible» (EP, c. 2921). «Os exhorto a tener un poco de paciencia pues no durará la fatiga excesivamente, y cuando vayáis a mendigar considerad que vais detrás de Cristo bendito cuando llevaba su Cruz, si bien la vuestra no tiene comparación con la de Cristo, que la llevaba por nuestro amor» (EP, c. 2219).

22. La identificación con Jesucristo crucificado engendra en el corazón la felicidad, la paz interior y el sosiego espiritual. De ellas escribió Calasanz: «La verdadera felicidad y bienaventuranza no la conoció ninguno de los antiguos filósofos y, lo que es peor, pocos, por no decir poquísimos, la conocen entre los cristianos, por haberla colocado Cristo, que fue nuestro maestro, en la cruz. Y ésta, si bien a muchos les parece muy difícil de practicar en esta vida, sin embargo, tiene dentro de sí tales bienes y consuelos internos, que sobrepasan a todos los terrenos» (EP, c. 1662). «Tengo por gran siervo de Dios a aquel que no se perturba ni se conmueve en su tranquilidad en circunstancias adversas o prósperas, sino que siempre permanece íntegro, esto es, de un mismo ser, sin que la pasión lo mueva de su lugar, y este ‘ser el mismo’ es lo que conquista el premio» (EP, c. 2457).

*Seguirle presurosos y perseverantes
por la profesión religiosa*

23. Pero para vivir más plenamente el evangelio (la perfección de la caridad) no hay camino más fácil ni más directo, según afirma Calasanz en sus Constituciones, que el de la

consagración religiosa, por medio de los votos de castidad, pobreza y obediencia, cuya expresión más visible es la renuncia a los bienes externos para adherirse exclusivamente a Dios siguiendo más de prisa al Señor (CC, 95).

Con razón lamentaba Calasanz que no todos los escolapios fueran fieles a esta vocación.

«Siento mucho que la pasión tenga ciegos a muchos y que no conozcan el camino por donde van, habiendo dicho Cristo bendito por su boca ‘estrecho es el camino que conduce a la vida y son pocos los que lo encuentran’ y ésta es una verdad que se verifica entre los religiosos, pues son pocos los que andan por la vía estrecha de la imitación de Cristo bendito quien dijo además ‘ancho es el camino que conduce a la perdición y son muchos los que caminan por él’, y pluguiese a Dios que no hubiera tantos religiosos que guiados por el amor propio caminaran por esta vía ancha. Que el Señor nos ilumine a todos y nos bendiga siempre» (EP, c. 3673).

El camino estrecho del verdadero seguimiento se vive y se manifiesta por la profesión de los votos de obediencia, castidad y pobreza, por la caridad fraterna vivida en comunidad, y por la dedicación al apostolado específico de la misión escolapia. De este camino concreto de seguimiento trata nuestro Fundador en la *segunda parte de las Constituciones*.

24. Y para recorrer este camino espiritual con paso más seguro y entusiasmo siempre nuevo, Calasanz recomienda renovar cada día los votos en la presencia del Señor (CC, 32, 98). Al P. Juan Francisco Apa¹² escribió en el silencio nocturno de su habitación:

«La renovación de los votos solemnes o profesión hecha por puro amor de Dios es una acción tan agrada-

¹² Religioso de la Provincia de Toscana, muy estimado por Calasanz por su gran espíritu religioso y su profunda capacidad pedagógica. Nació y murió en Nápoles (1612-1656).



Fachada de la Casa de *San Pantaleo* en Roma

ble a Dios que supera en mérito todas las acciones que pueda hacer el hombre, salvo el martirio, y quien ama a Dios como debe, debería muchas veces renovar un acto que tanto agrada a Dios, y más aún si es con el buen ejemplo del prójimo. Yo lo valoro muchísimo y ruego al Señor dé a todos un nuevo fervor para volverse heroicos en el puro amor de Dios, que es el primero y principal precepto de la santísima ley del Señor, el cual nos bendiga siempre a todos» (EP, c. 4024). Y a los pocos días le añadía: «Respecto a la renovación de votos, yo, como Padre espiritual que deseo la perfección de todos los hijos de la Religión, quisiera en todos un ánimo grande para servir a Dios y para unirse a Él mediante la caridad y el amor, pues cuando hay verdadero amor no hay modos particulares sino una gran sinceridad en el servicio de Su Divina Majestad» (EP, c. 4028).

Obedecer por amor a Dios sumamente amado

25. El escolapio «si no se conforma con la obediencia [...] nunca será discípulo de la escuela de Cristo» (EP, c. 526). Para José de Calasanz, en este punto con la tradición jesuítica, el voto de obediencia es el primero y fundamental. Nuestro Santo le da un claro sentido cristocéntrico en el capítulo correspondiente de sus Constituciones.

«Habiendo dicho nuestro Señor ‘No vine a hacer mi voluntad [...]’ parece algo sin sentido que alguien entre en la Congregación con el deseo de hacer su propia voluntad [...] Esto (obedecer) lo conseguirán con facilidad si procuran ver en cualquier superior a Cristo el Señor, aunque mande cosas difíciles y repugnantes al sentido ya que él mismo dijo a los superiores: ‘el que os oye a vosotros, me oye a mí’ [...] Acostúmbrense a no mirar a quién obedecen, sino más bien quién es aquel por el que obedecen y a quien en todo obedecen, que es Cristo el Señor» (CC, 99, 101, 103).

Junto al sentido cristocéntrico Calasanz subraya en los textos citados el papel mediador del superior sobre el que insiste en las Declaraciones a las Constituciones

preparadas para el Capítulo General de 1637 y en no pocas cartas.

Los conflictos que pueden surgir con esta manera de entender la obediencia, Calasanz los interpreta así: «El Señor puede probar muchas veces a los súbditos por medio de los superiores para que se vea quién es humilde y conozcan que toda fatiga y tormento de esta vida no puede igualarse a las penas que merecen sus pecados. Haciendo esta consideración, toda fatiga se vuelve suave según lo que dijo el Señor [...] Él no guía siempre a sus siervos según la prudencia humana y así son pocos los que encuentran el tesoro escondido aunque son muchos los llamados a buscarlo» (EP, c. 1127).

En definitiva, Calasanz invita a sus hijos a ponerse en manos de Dios «sumamente amado» (CC, 102) para «conformarse a la voluntad de Dios tanto en las cosas adversas como en las prósperas» (EP, c. 4229).

«Si considera los despropósitos que le pasan por la imaginación de la mañana a la tarde, debiendo estar siempre en la presencia de Dios, verá que no sabe dar dos pasos sin caer, que es dejar de mirar a Dios y ver con el pensamiento o la imaginación a las criaturas. Quien llegue a esta práctica de saber comportarse como un niño de dos años, que sin guía cae muchas veces, desconfiará siempre de sí mismo, e invocará siempre la ayuda de Dios. Esto significa aquella sentencia, tan poco entendida y mucho menos practicada: ‘Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos’. Aprenda esta práctica y procure llegar a esta gran sencillez. Y hallará ser cierta la sentencia que dice: ‘su intimidad la tiene con los rectos’ « (EP, c. 912). «Adoptarán una actitud muy grata a Dios si se dejan llevar y conducir por la divina Providencia por medio de los superiores, como el borriquillo aquel que Cristo cabalgaba el día de Ramos que se dejaba conducir y encaminar a todas partes» (CC, 108). Éste es «el camino para llegar a ser sabio y prudente en la escuela interior» (EP, c. 2300).

*Nos esforzamos en ser muy pobres
y muy sencillos, y limpios de corazón*

26. Expresión característica de la comunión con los demás tal como la vivió Calasanz y la propone en sus escritos a sus hijos escolapios son la virtudes evangélicas de la pobreza y humildad, virtudes al mismo tiempo pedagógicas por ayudarnos a sintonizar con los pequeños y los pobres para ser «hombres de vida apostólica, muy pobres y muy sencillos» (TONTI, n. 26), y que se manifiestan también en la austeridad y sencillez en el vestido y la comida (cf. CC, 117-136, 154-164). Así mismo, la pureza de vida, según Calasanz, atrae a los niños de corazón puro hacia el escolapio que ejerce en su favor un menester angélico y divino y sintonizando con ellos puede enseñarles a amar al Señor y a hacer oración (cf. EP, c. 16; TONTI, n. 8).

El tándem pobreza-humildad se repite con frecuencia en los escritos del Santo:

«Los religiosos amarán a la venerable pobreza, madre de la exquisita humildad y de otras virtudes, como a la más firme defensa de nuestra Congregación; la conservarán en toda su integridad y se esforzarán en experimentar a las veces sus consecuencias» (CC, 137). «Los Padres (de las Escuelas Pías), si me creen, se empeñarán en ser humildes y pobres de verdad ya que entre estas dos virtudes habita a gusto la santa caridad que es el fin de todas las Religiones» (EP, c. 1662). «Al paraíso sólo se va por amor; y según los grados de amor o caridad que tenga uno, así tendrá de gloria, y cuanto más nos humillemos por amor de Dios, es señal de que más le amamos. Igualmente cuanto más pobres nos hacemos por amor de Dios, tanto mayor amor de Dios mostramos» (EP, c. 2630).

Obediencia y paciencia, y sobre todo humildad y pobreza, son las virtudes más recomendadas por Calasanz en su epistolario. Sobre la pobreza religiosa es significati-



José de la Madre de Dios, en otro tiempo apellidado Calasanz, de nación [tarracconense, Fundador y Gen]eral de los Clérigos Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pias.

vo el final de este documento dirigido al P. Casani¹³: «Asegure a todos que, cuanto más se alejen de la propiedad e imiten la santa pobreza apostólica, tanto más ricos serán y más fervientes en dones espirituales de Dios bendito. Que Él por su misericordia se complazca en difundir este espíritu de pobreza apostólica en todos nuestros religiosos. Amén. Amén. Amén» (EP, c. 727 a). Con estas palabras Calasanz se manifiesta seguidor de S. Francisco de Asís, de cuya espiritualidad se empapó desde los primeros años de su estancia en Roma.

Vivir unidos por el vínculo de la caridad fraterna

27. «Para imitar a Cristo —dice Calasanz— en nuestra Congregación todos observarán la modestia en el mirar, en la compostura, en la manera de hablar [...]» (CC, 165), es decir, en la forma de relacionarse unos con otros, en el respeto y en la reverencia mutuas, evitando lo que pueda molestar o dividir (cf. CC, 166-174).

Calasanz deseaba que en las comunidades el Superior procurara una convergencia hacia la unidad en la manera de sentir, de expresarse, de juzgar «para que unidos así por el vínculo de la caridad fraterna, más eficazmente puedan dedicarse a la alabanza de Dios y al servicio del prójimo» (CC, 171).

Recomendó distintas formas de encuentro comunitario para convenir en el pensar y en el actuar, dando consejos respecto al diálogo y al saber escuchar (cf. EP, c. 315), «mirando cada uno el bien común más que el propio y particular» (EP, c. 1199) y asegurando que «el Espíritu Santo mostrará siempre, a través de alguien, su voluntad» (EP, c. 3198).

No está ausente en éstas y otras cartas de Calasanz el tema del discernimiento —aunque no lo mencione con

¹³ Procedente de la Congregación de Lucca, fue rector de S. Pantaleón, Maestro de Novicios, Provincial de diversas provincias dentro y fuera de Italia y Asistente General. Murió en 1647. Beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

este nombre— recomendando no precipitarse y recurrir a la oración especialmente en las cuestiones más difíciles (cf. EP, c. 360, 1199).

Hacerse pequeños educando en la Iglesia

28. Los cuatro últimos capítulos de la segunda parte de las Constituciones San José de Calasanz los dedica al ministerio escolapio específico (cf. CC, 175-216). Pero los aspectos directamente espirituales del mismo aparecen desde el Proemio: «Ya que profesamos ser verdaderamente los Pobres de la Madre de Dios, nunca menospreciaremos a los niños pobres, sino que con mucha paciencia y caridad procuraremos que adquieran cualidades y virtudes, sobre todo porque el Señor dice: ‘Lo que hicisteis con uno de los míos más pequeños, conmigo lo hicisteis’ » (CC, 4). Efectivamente, «si los nuestros [...] considerasen que lo que se hace a un niño pobre lo recibe Jesucristo en su propia persona, estoy seguro que pondrían mayor diligencia en ello» (EP, c. 2441).

No todos los escolapios contemporáneos de Calasanz captaron este mensaje, y algunos rehuían esta tarea humilde y pesada. A uno de ellos, le escribió en castellano:

«La strada o via más breve y más fácil para ser essaltado al propio conoscimiento y desta a los attributos de la misericordia, prudencia e infinita paciencia y bondad de Dios es el abaxarse a dar luz a los niños y en particular a los que son como desamparados de todos, que por ser officio a los ojos del mundo tan baxo y vil pocos quieren abaxarse a él, y suele Dios dar ciento por uno mass.e si haziéndolo bien tuviere persecutiones o tribulationes en las quales tomadas con paciencia della mano de Dios se halla el céntuplo de spirito; y porque pocos saben praticar esta Dottrina pocos reciben el céntuplo en bienes spir.uales» (EP, c. 1236).

Desde esta perspectiva calasancia, educar no es un oficio, sino misión de nuestra vida consagrada, objeto de un cuarto voto en la profesión religiosa escolapia (cf. CC, 31). «Sobre aquellas palabras ‘y según ella (obediencia), cuidado

peculiar acerca de la enseñanza de los niños', se declara que es voto esencial. De modo que no se libra de pecado mortal quien no quiera hacer escuela siéndole mandado por el superior» (JL, p. 574).

En el Memorial al Cardenal Tonti y en otros numerosos escritos y cartas, José de Calasanz explica el sentido y la importancia de la misión del educador escolapio entregado a un «ministerio diferente, necesario y específico en la Iglesia de Dios [...] ministerio insustituible y acaso el principal para la reforma, ministerio en verdad muy digno, muy noble, muy meritorio, muy beneficioso, muy útil, muy necesario, muy enraizado en nuestra naturaleza, muy conforme a razón, muy de agradecer, muy agradable, muy glorioso» (TONTI, n. 46).

29. Para poder realizar este ministerio eclesial, Calasanz inculca a sus hijos la necesidad de cultivar la vida espiritual y las virtudes que podríamos llamar pedagógicas sin las cuales no tendría sentido ni la preparación cultural ni la pedagógica (cf. CC, 203, 210, 211). Entre ellas destaca el amor y el espíritu paternal «de manera que todos le respeten y amen como a verdadero padre» (CC, 193). Acompañarán a este amor las virtudes humanas y cristianas necesarias para educar, entre las que Calasanz enumera la sencillez, la paciencia, la humildad, la pobreza, la pureza de corazón, la alegría, la esperanza, el amor al prójimo, la diligencia, etc.

Esta donación a los pequeños entrañaba también una dimensión cristológica: los pobres representan a Cristo el Señor. Lo había afirmado repetidamente: «En cuanto a recibir alumnos pobres, obra usted santamente admitiendo a cuantos vienen. Porque para ellos se fundó nuestro Instituto. Y lo que se hace por ellos se hace por Cristo. No se dice otro tanto de los ricos» (EP, c. 1445). Un testigo afirmaba que «barría las clases donde habían estado los pobres de las escuelas y limpiaba los lugares comunes de los chiquillos. Y preguntándole el propio testigo por qué se empleaba en tales bajezas, respondía que quería servir a los pobres, que representaban la persona de Cristo Nuestro Señor» (P. Santiago Bandoni, BC, p. 232).



CONSTITUCIONES, Reglas comunes y ritos particulares de la Religión de los Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías.

30. El pintor Francisco Gutiérrez declaró en 1650 hablando de Calasanz: «Él solía decir que era inmerecidamente esclavo de la Virgen... Y habiéndole yo preguntado al mismo P. José ‘¿Cómo se llama la Congregación que habéis fundado?’, él me respondió en lengua española: ‘se llama los Pobres de la Madre de Dios, de la cual yo me retengo indigno esclavo» (BC, p. 491).

Éste es el verdadero nombre carismático que nos dio nuestro fundador. Pobre conservaba en su tiempo más que ahora el significado de siglos anteriores, y era sinónimo de hombre evangélico. De ahí la expresión de «varones apostólicos» ligada a la pobreza (cf. TONTI, n. 26).

Y siéndolo de la Madre de Dios, Calasanz quiso que en la vida del escolapio no faltara nunca la oración diaria comunitaria dirigida a ella, además de las devociones personales (cf. CC, 47; EP, c. 1459).

«Advierta que somos pobres de la Madre de Dios y no de los hombres, pero nuestra importunidad sea con nuestra Madre y no con los hombres, pues ella no se cansa nunca de nuestras importunidades, pero los hombres sí» (EP, c. 58). ‘La Santísima Virgen es tan gentil que acepta toda devoción por pequeña que sea, con tal que se haga con gran amor o cariño» (EP, c. 641).

Desde el día de nuestra profesión los escolapios, como Calasanz, somos esclavos de María, «bajo cuya protección fue fundada esta obra» (EP, c. 4417). «Que Ella tenga [...] particular cuidado de la religión de sus pobres» (EP, c. 1452), «ya que nosotros profesamos ser verdaderamente los Pobres de la Madre de Dios» (CC, 4).

Dar gloria a Dios y servir al prójimo

31. El camino propuesto por Calasanz a los escolapios concluye en la *tercera parte de sus Constituciones*, de carácter más organizativo y jurídico, pero que tiene también su valor espiritual.

La madurez cristiana y religiosa que el escolapio va adquiriendo en el proceso descrito en las dos primeras partes, lo hacen apto y disponible para participar con su consejo y para actuar con sus decisiones en la marcha global de la Orden sin ambiciones personales ni intenciones distintas a la gloria de Dios y al servicio del prójimo, confiando siempre más en la providencia de Dios que en el propio esfuerzo.

«Reconozcámonos instrumentos inútiles del Señor, que más bien impedimos que favorecemos sus obras» (EP, c. 1817). «Comprendo que todo el esfuerzo hecho por usted y el que se haga en el futuro resultará vano. Y de ello doy gracias al Señor, como si se tratase de la cosa más feliz que pudiese sucedernos. Porque todo debe recibirse de la providente mano del Señor, como de la primera y principal causa eficiente, que lo dirige todo a un fin perfecto por caminos ocultos a la prudencia humana. De manera que, iluminados en este punto, dirigiremos los pensamientos donde su divina majestad quiera guiarlos» (EP, c. 1869).

Calasanz termina con el mismo lema con que comenzó sus Constituciones y que repite en las mismas en momentos clave: *Para gloria de Dios y utilidad del prójimo* (CC, lema inicial, 8, 171, 200, 345). Como al P. Alacchi¹⁴, nuestro Santo Padre dice a cada escolapio también hoy: «Demostrará ser verdaderamente pobre de la Madre de Dios si no tiene afecto a otra cosa que a la gloria de Dios y la utilidad del prójimo» (EP, c. 1601).

La ayuda a los laicos

32. Entre las numerosas cartas que se conservan de Calasanz, algunas de ellas han sido dirigidas a laicos, hombres y mujeres, amigos de las Escuelas Pías y devotos del santo, a quien pedían ayuda en medio de las vici-

¹⁴ Melchor Alacchi (1591-1642), siciliano, recibió de Calasanz el encargo de realizar diversas fundaciones, entre ellas la de Guissona en España, a pesar de la oposición que suscitaba en algunos por su temperamento original.

situdes y problemas de su vida. En ellas S. José de Calasanz se manifiesta como auténtico mistagogo, que conoce el corazón del hombre, sabe de sus luces y sombras, y discierne en medio de las circunstancias diarias de la vida la voluntad del Señor. «En la presente exhorto a V. S. a que, considerando cuán bueno es el Señor que por males temporales y breves tiene preparado un Reino eterno, lo alabe y bendiga, y se conforme a su santísima voluntad con alegría, diciéndole que si la quiere sana, está presta a servirle, y si enferma está más pronta a servirle enferma como está; esta conformidad alegre con el Señor es gran perfección en el cristiano» (EP, c. 1468). «Si pues el Señor le muestra gran amor dándole tribulación, debe V. S. esforzar su corazón en amar mucho a quien tanto la ama pues con el amor no sentirá tanto el dolor» (EP, c. 1627).

Al mismo tiempo la doctrina general del santo, que aparece en las cartas enviadas a sus religiosos, excepto lo que trata específicamente de la vida religiosa, se puede también aplicar a los laicos, de tal manera que bien podemos afirmar que José de Calasanz es un buen director espiritual de laicos a quienes propone un camino de iniciación y progreso cristianos. «Los caminos que tiene el Señor para guiar las almas al paraíso son todos santos y misteriosos, y todos son rectos con total y paterna providencia; y no deja a nadie sin cruz, que en algunos el sentido vuelve muy pesada, pero, con paciencia, el espíritu encuentra una gran suavidad» (EP, c. 1565). «La santa simplicidad es muy querida del Señor y con los verdaderamente sencillos suele tratar con gusto» (EP, c. 862).

Sentencias espirituales de San José de Calasanz

33. Este ramillete de sentencias forma una preciosa colección sobre la vida cristiana y religiosa. Algunas son propias del santo y otras reflejan su lectura de autores espirituales. Fueron publicadas por vez primera en vida del santo en 1620, y tradicionalmente se comentaban a los novicios para ayudarles a entrar en sintonía con el Fundador y lo «escondido» de su espiritualidad (DC, 611670).

Las citó con frecuencia San Alfonso M.^a de Liguori en sus escritos espirituales para religiosos.

1. En la religión, a la corona preceden el trabajo y la pelea.
- 2 Vive seguro en la religión quien no vive para sí, sino para Dios.
3. Desmedra siempre el religioso que no aprovecha siempre en su vocación.
4. El religioso que cuida las cosas ajenas, falta a sí y a sus cosas.
5. No puede servir a Dios el religioso que no se domina a sí mismo.
6. No aprovecha haber vivido mucho tiempo en la religión, sino haber vivido muy bien en ella.
7. Hurto comete quien vive en la religión sin fruto.
8. ¿Cómo morirá en el Señor el religioso que no trabajó en vida por el Señor?
9. Usa mal del aposento quien en él, o no habla con Cristo, o no trabaja por Cristo.
10. No sabe amarse el religioso que se regala demasiado.
11. Dios quiere a su siervo sensato, no delicado.
12. Se sirve a sí mismo, y no a Dios, quien en el servicio de Dios procura sus comodidades.
13. ¡Ay, ay de aquel que es malo entre los buenos!
14. No es humilde el religioso que lleva a mal, o no desea, ser despreciado.
15. No es pobre quien no experimenta las incomodidades de la pobreza.
16. No es casto quien no ahuyenta pronto a los enemigos de la castidad.
17. No es obediente quien, obedeciendo, sigue su propio juicio.

18. La ciencia adorna al religioso, pero la virtud le corona.
19. ¡Ay de ti, que instruyes a otros con la palabra, y con el ejemplo los destruyes!
20. Es veneno del religioso la propia voluntad.
21. Cuando andas por la ciudad, recuerda que eres religioso y no pintor.
22. ¡Ay del religioso a quien interesa más la salud que la santidad!
23. El siervo de Dios no vive para comer, sino come para vivir y servir.
24. El siervo de Cristo no se preocupa de las propias incomodidades, por el amor de Dios.
25. El religioso perezoso es la alegría del diablo.
26. El religioso curioso se olvida de sí.
27. Cuanto más trabajas por Cristo, tanto más debes a Cristo, porque es tu fruto.
28. Guárdese el religioso de tener la voz de Jacob y las manos de Esaú.
29. La lengua del religioso es trompeta del pensamiento y del corazón.
30. Los ejemplos de los religiosos son la muerte o la vida de los seglares.
31. ¿Cómo serás luz del mundo, si no eres luz para ti?
32. No sabe ganar a Cristo quien no sabe padecer por Cristo.
33. El buen religioso, tan amado es de Dios enfermo como sano.
34. No habrá ruido en la enfermería si hay paciencia en el enfermo y caridad en el enfermero.
35. No vive como religioso quien no hace caso de las faltas veniales.

36. Si las faltas veniales en el seglar desagradan a Dios, ¿le agradarán por ventura en el religioso?
37. Al religioso ocioso, el demonio lo caza y lo atrapa.
38. El religioso litigante es oficial del demonio.
39. No es amigo de Dios quien no lo es de la oración.
40. No es religioso quien, habiendo dejado el siglo, está poseído del amor a los parientes.
41. Juega a la pelota el demonio con el religioso vano.
42. Aprovechar a otros y dañarse a sí mismo, necesidad es, no caridad.
43. El buen religioso desprecia el mundo y se alegra en ser despreciado por él.
44. El siervo de Cristo procura ser santo y no desea parecerlo.
45. Nada le has dado a Cristo si no le has dado todo tu corazón.
46. El religioso fervoroso es azote de los demonios.
47. El religioso iracundo es rayo del infierno, que todo lo perturba.
48. El religioso manso es honra del estado y ornamento de la religión.
49. ¿Qué te aprovechará haber dejado el mundo si no haces penitencia en la religión?
50. El siervo de Cristo sufre con paciencia, habla poco y trabaja mucho por Cristo.
51. El religioso indiferente es una perla preciosa de la religión.
52. Es cosa buena que hayas dejado el mundo, pero es mejor portarte de tal manera que el mundo te desprecie.
53. Aquel es verdadero religioso que dice con verdad: Dios mío y todas mis cosas.

54. El religioso propietario más pierde que roba.
55. Vivirás con inquietud si una sola pasión reina en ti, aunque las demás estén mortificadas.
56. No engaña al superior, sino a sí mismo, el súbdito que, en vez de no quiero, dice no puedo.
57. A quien no tiene al superior en lugar de Dios, tampoco Dios le tendrá en lugar de hijo.
58. Quien desee tener paz con sus hermanos en la religión no contradiga a nadie.
59. Si en la religión no eres bueno entre los buenos, ¿cómo serás bueno en el siglo entre los malos?
60. Es ingrato el religioso que juzga haber dado más a la religión de lo que ha recibido de ella.

A modo de resumen

34. La enseñanza espiritual de Calasanz, presente de forma espontánea en las cartas dirigidas a sus religiosos, la encontramos armónica y dinámicamente estructurada en sus Constituciones, escritas en un momento de plenitud humana y espiritual de su vida.

En ellas nuestro Santo Padre nos propone un proyecto de vida que, asumido por la profesión, va transformando progresivamente según el Espíritu a cada religioso en lo más profundo de su persona por la experiencia diaria de compartir con los hermanos y de la entrega diligente al ministerio escolapio.

Desde esta perspectiva adquiere un sentido nuevo la insistencia de Calasanz en la observancia de las Constituciones, expresión y camino de fidelidad a nuestro carisma: «No me puede V. R. dar mayor consuelo que procurando con toda diligencia que se observen nuestras Constituciones» (EP, c. 3898). «En la observancia de las Constituciones consiste la perfección del religioso» (EP, c. 554). «La observancia de las reglas es el camino de perfección» (EP, c. 1786).

1.3 Rasgos de una espiritualidad pedagógica

35. La espiritualidad de Calasanz, que maduró en el ejercicio del apostolado educativo, se caracteriza por rasgos como los siguientes:

- primacía de Dios, sentida y vivida fuertemente;
- puesto central de la referencia a Cristo, como camino hacia el Padre y como buen Maestro que acoge a los pequeños y a los pobres;
- docilidad a la guía del Espíritu;
- intercesión maternal de María;
- sentido eclesial;
- gran realce dado a la liturgia y los sacramentos, en particular a la celebración eucarística;
- sentido de la trascendencia, unido a la valoración del esfuerzo del hombre en el presente;
- caridad teológica que se traduce en sensibilidad humana y social;
- amor a la pobreza como expresión del seguimiento de Cristo pobre y como modo de compartir el destino de los pobres a quienes se quiere servir;
- sentido de la gratuidad, nacido del amor y ejemplo de Cristo;
- relieve de las virtudes pedagógicas como el amor, la paciencia, la delicadeza en el trato, la humildad propia de quien sabe que está al servicio del crecimiento de los otros;
- humilde y gozosa adhesión a nuestra identidad calasanziana de «cooperador de la Verdad»;
- entrega generosa y perseverante a la propia vocación y misión (FEP, n. 6).

**II. PEDAGOGÍA ESPIRITUAL
DE
SAN JOSÉ DE CALASANZ**

36. Comúnmente llamamos pedagogía a la actividad y a la reflexión que se ocupan de la educación y de la enseñanza.

En esta síntesis presentamos la pedagogía de Calasanz en dos partes. En la primera se explica el nacimiento y la evolución de su vocación educativa y pedagógica. Ésta nació de su experiencia espiritual estimulada por las carencias en piedad y letras que detectó en los niños de las clases populares y por el convencimiento cada vez más firme de que la educación integral de los mismos constituía la base de la verdadera reforma. En la segunda parte se pretende sistematizar su enseñanza pedagógica global subrayando la originalidad de muchas de sus aportaciones. Como conclusión se presentan los rasgos más significativos de su pedagogía espiritual.

2.1 Experiencia pedagógica de San José de Calasanz

Antecedentes en España

37. La pedagogía espiritual de Calasanz que se desarrolló en sus años romanos tuvo sus raíces, sin duda, en su experiencia personal anterior, sobre todo en la esmerada educación recibida: en su familia, en el colegio de los trinitarios y en las universidades de Lérida, Valencia, Alcalá de Henares, de nuevo en Lérida y, posiblemente, en Barcelona.

Por otra parte, en su intensa labor sacerdotal aparecen algunos indicios de lo que será su futura misión como creador de la primera Orden religiosa dedicada exclusivamente a la educación de niños y jóvenes. Podemos mencionar entre éstos su actuación estudiantil como «conseller» en Lérida, su función de «ayudante de estudio» en Barbastro, su interés por formar a su sirviente en La Seu y su amistad con Gervás de las Eras¹⁵, promotor de la fundación de colegios en su diócesis de Urgell para conseguir la deseada reforma.

¹⁵ Sacerdote de Urgell, visitador conjuntamente con Calasanz de algunos oficiales de la diócesis.

IESVS MARIA

Adi xv. Luglio 1618.

Io Giuseppe della Madre di Dio Prefetto della Congregatione Paulina della Madre di Dio. Faccio accordo con M^o Ventura Sarafellini da Imola Scrittore in Roma, che debba servire in dar lezioni di scrivere per tutto il tempo della vita sua nelle scuole della nostra Congregatione il giorno doppo il pranzo nel comincio delle scuole sin al fine senza pigliar per tal esercizio cosa alcuna dalle secolari, che vengono alle scuole, se però non gli usasi fuor delle scuole particular diligentia, andando chiamato dai padri alle case loro, e se gli debba fare per sua provisione, et emolumento scudi trenta di moneta Italiana, et mancando di servire, (purcha per impedimento d'infermità) se gli debba levare provata della detta provisione. Et così ordinamo et esorto che nessuno de nostri Fratelli, che mai a tempo divenire ardeschino di contravenire a questo accordo, e mio ordine. Et detta provisione voglio che le sia data senza eccezion.

Jesús María.

Día 15 de julio de 1618.

Yo José de la Madre de Dios, Prefecto de la Congregación Paulina de Pobres de la Madre de Dios, acuerdo con el Señor Ventura Sarafellini, natural de Ímola, escritor calígrafo en Roma, que durante toda su vida dará clase de escritura, en las escuelas de nuestra Congregación desde el comienzo de las tareas escolares de la tarde a su fin, sin percibir por tal ejercicio cosa alguna de los alumnos que vienen a nuestras escuelas, a no ser que fuera llamado por los padres de familia a sus casas, sin haberlo buscado él con especial empeño; y que se le darán para su provisión y estipendio, 30 monedas de a escudo anuales; y, en caso de ausencia laboral, con tal de que no se trate de impedimento por enfermedad, se le deducirá la parte alícuota correspondiente de dicha suma. Así lo ordeno; y exhorto a que ninguno de nuestros Hermanos ose en el futuro contravenir este acuerdo y orden mía. Y este salario quiero que le sea debido sin excepción...

Período fundacional de su obra educativa

38. Ya en Roma, Calasanz fue preceptor de los sobrinos del Cardenal Colonna¹⁶ y perteneció a diversas cofradías que pretendían mejorar las condiciones espirituales y materiales del pueblo.

El contacto con la pobreza real de la gente común y su propia evolución espiritual le hicieron descubrir un medio nuevo y fundamental para realizar la reforma desde la base: la educación de las clases populares.

Calasanz llegó al mundo de la educación sin ser educador. Este hecho, aparentemente paradójico, marcó definitivamente la orientación que imprimió a su obra educativa, concebida como un medio operativo de reforma de la Iglesia y la sociedad. Desde el principio quiso educar no con una finalidad simplemente instructiva, sino buscando un objetivo más amplio, social y pastoral. Escribió más tarde en sus Constituciones que la *finalidad* que pretende nuestra Congregación *por medio* del ejercicio de las Escuelas Pías es la educación de los niños, tanto en la piedad cristiana como también en las letras humanas, para conseguir con ello la reforma de la sociedad cristiana y la felicidad temporal y eterna de las personas (cf. CC, 2, 175, 203).

José de Calasanz centró su atención y su compasión en los niños. Constató su ignorancia religiosa, a pesar de la labor catequética que se desarrollaba en las iglesias romanas. Constató igualmente que, salvo pocas excepciones, los pocos alumnos escolarizados de los barrios de Roma debían pagar, y los muy pobres no podían hacerlo. De ahí el analfabetismo y todas las lacras propias de los niños, sueltos y ociosos todo el día, en una ciudad como Roma a finales del siglo XVI.

Todo esto, unido a la decepción sufrida en sus aspiraciones canónicas, dio como resultado un viraje profundo en su vida. De la pastoral tradicional centrada en la igle-

¹⁶ Marco Antonio Colonna, en cuyo *palazzo* residió Calasanz los primeros años de su estancia en Roma.

sia, pasó a una pastoral nueva que se localiza en la escuela como núcleo de una reforma global de la sociedad cristiana de su tiempo.

39. Tradicionalmente se considera el año 1597 como el del comienzo de la obra de las Escuelas Pías al iniciar el santo su colaboración en la escuelita parroquial de Sta. Dorotea, en el Trastévere. Pretendió transformarla dándole un carácter más social en favor de los pobres, lo cual consiguió al trasladarla al interior de Roma en 1600. La Congregación de la Doctrina Cristiana no quiso asumirla como propia y Calasanz se hizo responsable de la misma dándole el nombre de Escuelas Pías, es decir, escuelas populares y cristianas (SJC, p. 415, n.1).

Dos hechos posteriores contribuyeron a configurar con más precisión la obra: la aprobación por Clemente VIII, en 1602, de la Congregación (o asociación) de las Escuelas Pías y la decisión tomada en 1604 por los miembros de esta Congregación de vivir en común para dedicarse a aquellas escuelas gratuitas. Desde entonces se intensificó el ambiente espiritual del grupo liderado por Calasanz, dando a la convivencia un matiz marcadamente similar a una comunidad de vida apostólica.

Las escuelas que primero ocuparon el *palazzo* Vestri se trasladaron al *palazzo* Mannini, más amplio, y finalmente en 1612 al *palazzo* Torres, comprado por los miembros de la Congregación, que con el tiempo será la sede central de la futura Orden, llamada casa de San Pantaleón desde que el papa Gregorio XV cedió a las Escuelas Pías la iglesia anexa dedicada a este mártir.

En estos primeros años las escuelas se mantenían con las limosnas obtenidas mendigando en Roma, con el dinero de Calasanz y con las aportaciones de los Papas, Cardenales y otros benefactores.

40. Reflejo de la experiencia de Calasanz en este período son sus escritos de contenido pedagógico: «Normas que observarán los operarios» (año 1604; cf. SL, pp. 97-99) y, sobre todo, la «Breve relación del modo empleado en las

Escuelas Pías para enseñar a los alumnos pobres, que de ordinario son más de setecientos, no sólo las letras sino también el santo temor de Dios» (año 1604; cf. SL, pp. 125-135), documento importante en la historia de la pedagogía europea, conocido como «documentum princeps» o carta magna de la pedagogía calasanziana desde que se publicó completo, por vez primera, en el siglo XX.

Período de consolidación de las Escuelas Pías

41. La relativamente avanzada edad de Calasanz y la precaria solidez de los vínculos que mantenían unidos a sus compañeros no daban fundadas esperanzas de continuidad a la obra. Era necesario y urgente encontrar una solución satisfactoria. En 1614 se consumaba la unión de las Escuelas Pías con la Congregación de los Clérigos seculares de la Virgen María, fundada en Lucca por San Juan Leonardi¹⁷, bajo el nuevo nombre de Congregación de la Madre de Dios. Calasanz continuaría ejerciendo el cargo de Prefecto o director de las escuelas; él y sus compañeros seguirían viviendo con las Reglas que tenían; los que se admitieran en el futuro deberían profesar las Reglas de los religiosos luqueses, y éstos se comprometían a tomar las escuelas como su ministerio principal.

La unión con la Congregación luquesa no prosperó. Y el 6 de marzo de 1617 firmaba Pablo V el breve fundacional de la Congregación paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, con Calasanz como superior general y prefecto de las escuelas. En adelante Calasanz vivirá ocupado en la puesta a punto de una Orden religiosa y de una escuela nueva de características singulares.

En noviembre de 1621 el Papa Gregorio XV aprobó el Instituto de las Escuelas Pías como orden religiosa de clérigos regulares, y en enero del siguiente año se aprobaron las Constituciones redactadas por Calasanz en Narni.

¹⁷ Fallecido en 1609, fue amigo de Calasanz que dio testimonio en la causa de su beatificación. Posteriormente al separarse las dos Instituciones, la Congregación de Lucca llegó a ser la Orden de la Madre de Dios.

Constitut^m del Collegio Nazareno
 colla sua R.^{ta} P.^{ta} Com.^{ta} della Camera
 felice Cancellier & nostro Mons.^{te} Decano della Rota
 (per Honor. de) S.^{to} Fondat.

Havendo la felice mem. dell' Ill.^{mo} Sig. Card. M.^o S.^{to} Ang.^o
 Tonti da Rimini Arcivescovo di Nazaret, et Vescovo di
 Cesena, considerato con picca Christiana, quanto giovamenti di
 bellissimo ingegno, et atti a far gran ricchezza nella Repub.^l
 restavano nella oscurita dell' ignoranza, per non haver com-
 modita d' imparar le let.^{re}, et insieme le buoni costumi, si risolve
 come pio Sig. di comprare un Palazzo presso Sant' Andrea delle
 Fratte, & fondar in esso un Collegio da nominarsi Nazareno,
 il quale lascio nel suo ultimo testamento l' erede universale
 a finche in esso fossero ammaestrati nelle let.^{re}, et picca xpiana,
 da principio dodeci giovinetti, et aumentandosi l' entrate
 annue col moltiplico del sopravan.^{to} intino al numero di
 venti, delli piu poveri di piu bell' ingegno, e di piu buoni
 costumi, che si ritroveranno sotto la disciplina, & governo
 delle P.^{re} Poveri della Madre di Dio delle Scuole pie,
 da eleggeri, e nominarsi dall' Ill.^{mo} Mons.^{te} della Rota
 con le infrascripte costituzioni.

Cap. p.^o
 Delle qualita di quelli, che devono esser ammessi
 & alunni nel Collegio Nazareno

Niuno possa esser ammesso nell' Collegio Nazareno, che non
 sia di legitimo matrimonio, il che douera constare, & fede
 autentica cauata dal libro del Batteismo da registrar
 nel collegio nel libro dove saranno scritte le nomi, cognome,
 et altra prova legitima

CONSTITUCIONES DEL COLEGIO NAZARENO

Revisadas por el Rmo. P. Comisionado de la Cámara, feliz canceller y consejero de nuestro Mons. Decano de la Rota

Habiendo la feliz memoria del Ilmo. Señor Cardenal Miguel-Ángel Tonti, de Rímimi, arzobispo de Nazaret y obispo de Cesena, considerado con cristiana piedad, cuántos muchachos de bellissimo ingenio y aptos para obtener gran éxito en la República [del Señor] quedaban en la oscuridad de la ignorancia por no tener facilidades para aprender las letras y al mismo tiempo las buenas costumbres, resolvió, como piadoso Señor, comprar un Palacio cerca de Sant' Andrea delle Fratte (por el precio de 15.000 escudos) para fundar en él un Colegio que debía llamarse Nazareno, al que hizo en su último testamento heredero universal, a fin de que en él fueran educados en las letras y en la piedad cristiana, desde el principio, diez muchachos Y al aumentar las rentas anuales, con los intereses del resto, hasta veinte de los más pobres, del más bello ingenio y mejores costumbres que se encontrasen bajo la disciplina de los Padres Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías a elegir y nombrar por los ilustrísimos Monseñores de la Rota, según las Constituciones que siguen.

Comenzó entonces una expansión de la obra por los diferentes estados italianos y más adelante por distintas naciones de Centroeuropa. Hubo un intento, fracasado por el momento, de introducirla en España.

Desde su minúscula habitación de la casa de San Pantaleón, Calasanz dirigirá, una por una, todas las nuevas fundaciones y mantendrá las riendas del gobierno de la Orden con una entereza y minuciosidad extremadas. Para ello se valió de la correspondencia epistolar, muy abundante en este período de su vida y, más aún, en el siguiente. Debió de escribir entre diez y doce mil cartas. Hasta ahora han sido publicadas cerca de cinco mil, todas las conocidas, que resultan un tratado verdadero de organización escolar y de pedagogía, asistemático pero sólido y vital.

42. El proceso de consolidación y de configuración jurídica de las Escuelas Pías obligó a Calasanz en este período a expresar por escrito, de manera más reflexionada, sus convicciones pedagógicas y la necesidad de que la nueva congregación religiosa asumiera como dedicación característica la educación de los niños. En este sentido son importantes los memoriales a Pablo V y a varios cardenales, ambos escritos en 1615 (cf. SL, pp. 170-174), y especialmente las Constituciones terminadas en 1621 y el memorial al Cardenal Tonti del mismo año, documentos ambos que constituyen la expresión escrita más clara de la experiencia pedagógica de Calasanz. De contenido más directamente organizativo son los reglamentos que escribió para diversos colegios (Frascati, Nazareno, Campi Salentina, Florencia).

Periodo de crisis de la institución escolapia

43. Calasanz había manifestado su deseo de dejar el gobierno general de la Orden y retirarse a Nápoles, pero a raíz del capítulo general no canónico de 1631 fue confirmado por el Papa como Superior General vitalicio. En esta reunión se decidieron tres cosas importantes para el futuro: no abrir nuevas casas sin el consentimiento del Papa para evitar una expansión rápida excesiva, concentrar a todos los novicios en Roma e iniciar una casa de estudios para los jóvenes escolapios, todo ello encaminado a conseguir una mejor for-

mación y una cualificación de la educación en los colegios. La Orden tenía en aquel momento 300 religiosos y 23 casas.

El mismo Urbano VIII, que lo había nombrado Superior general vitalicio, lo suspenderá del cargo once años después, en enero de 1643. Fueron once años de creciente expansión, al final de los cuales quedarían abiertas otras diecisiete escuelas y muchas más quedaron en simple petición por falta de personal, a pesar de ser casi 500 religiosos. Pero fueron también años de problemas enormes, creados al interno de la Orden por los inobservantes y sus memoriales, las pretensiones de los clérigos operarios y de algunos hermanos, los reclamantes, los escolapios Sozzi y Cherubini¹⁸, y desde fuera por Pietrasanta¹⁹, Mons. Albizzi²⁰ y el Santo Oficio y los jesuitas que se oponían a la enseñanza de grados superiores (lengua y literatura latinas).

Desde fuera y algunos desde dentro provocaron esta crisis institucional de la obra fundada por Calasanz. El Santo vivió entonces un calvario hasta su muerte ocurrida en 1648: deudas, pobreza, cansancio, disensiones internas, sostenimiento de las escuelas, apoyo a los religiosos fieles, defensa contra los opositores dentro y fuera de la Orden. Su martirio culminó con la supresión de la Orden decretada por Inocencio X, dos años antes de morir el anciano y trabajado Calasanz. Pero nada agostó su fidelidad a la Iglesia, su amor a los niños y su esperanza en Dios y en la intercesión de María. «A pesar de cuanto se dice de nuestra Orden, debéis saber que el Señor la protegerá siempre y andará de bien en mejor, a condición de que pongamos la diligencia que debamos en educar a los niños, particularmente a los pobres, en el santo temor de Dios» (EP, c. 893).

44. La experiencia trágica de estos últimos años llevó a Calasanz a clarificar y a defender con firmeza el minis-

¹⁸ Colaborador de Sozzi y a la muerte de éste Vicario General de las Escuelas Pías.

¹⁹ Silvestre Pietrasanta, jesuita, nombrado por el Papa visitador de las Escuelas Pías.

²⁰ Francisco Albizzi, Asesor del Santo Oficio y posteriormente cardenal.

terio propio de las Escuelas Pías en favor de los niños en escritos como las «Declaraciones sobre las Constituciones» (año 1637; cf. JL, pp. 570-631) y en varios Memoriales, especialmente el dirigido al Cardenal Roma (año 1645; cf. SL, pp. 363-378). También en este período escribió otros reglamentos para algunos colegios (Nikolsburg, Nápoles, Litomyšl).

Aportaciones pedagógicas nacidas de su experiencia

a) En el campo de la literatura pedagógica

45. Si bien no fue Calasanz un teórico de la educación, dejó escrito su pensamiento en las *Constituciones* de las Escuelas Pías, varios *Memoriales* en defensa de la educación de los pobres, una *Breve Relación* sobre cómo se desarrollaba la enseñanza en sus escuelas, y varios Reglamentos de alumnos y congregaciones marianas (SL, pp. 321-360).

Pero lo más práctico de su pensamiento pedagógico, son sus *cartas*. Contienen multitud de normas y sugerencias pedagógicas brotadas de la experiencia personal y del diálogo con sus compañeros.

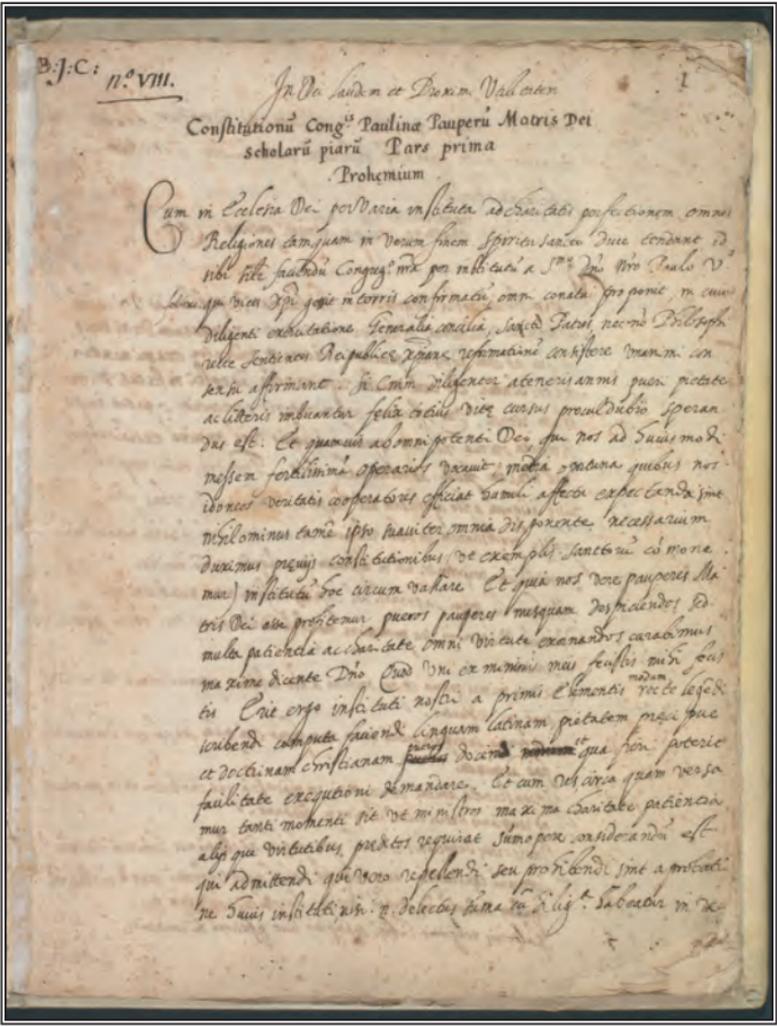
Compuso también un *Catecismo* para los más pequeños, una Corona de las doce estrellas, oración llena de contenido pedagógico en honor de María, (cf. EP, c. 755b) y un *Reloj de la Pasión* de Cristo (SL, pp. 100-109, 243-245).

Fue inspirador de cinco importantes obras escritas por amigos suyos en favor de las Escuelas Pías: *Liber de pia educatione*, del carmelita español Juan de Jesús y María (año 1610); *Libro apologético*, del dominico italiano Tomás Campanella²¹ (año 1632?); *Apología de las Escuelas Pías*, del escolapio F. Castelli²² (año 1645?); *Defensa de las Escuelas Pías*, del abogado F. Firmiani²³ (año

²¹ Filósofo, autor de la célebre obra utópica *La ciudad del sol*.

²² Ocupó en repetidas ocasiones los cargos de Provincial y Asistente General; escribió diversos Memoriales en defensa de la Orden.

²³ Ilustre letrado romano cuyos servicios solicitó San José de Calasanz.



(Para alabanza de Dios y utilidad del prójimo)

Constituciones de la congregación Paulina de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías. Parte primera. Proemio.

En la Iglesia de Dios y bajo la guía del Espíritu Santo, las Instituciones Religiosas tienden a la plenitud de la Caridad como a su fin verdadero, mediante el ejercicio de su propio ministerio. Esto mismo y con todo empeño, se propone hacer nuestra Congregación cumpliendo la misión que le ha sido confiada por su Santidad Pablo V, de feliz memoria, Vicario de Cristo en la tierra. * Concilios Ecuménicos, Santos Padres, filósofos de recto criterio afirman unánimes, que la reforma de la Sociedad Cristiana radica en la diligente práctica de esta misión. Pues si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de toda su vida. [...]

1645); *Apología de las Escuelas Pías*, del capuchino V. Magni²⁴ (año 1646).

b) En la formación del Profesorado

46. Fue suyo el primer ensayo, un poco sistematizado, de selección y de formación del profesorado, como lógica necesidad de preparar a los escolapios antes de introducirlos en un colegio. En sus Constituciones escribió: «En la consecución del fin que pretende nuestra Orden, hemos creído indispensable no sólo ofrecer el ejemplo de una *vida según el Espíritu*, sino poseer la *doctrina* y el *método* para enseñarla. Por tanto, cuando se compruebe un serio *progreso en las auténticas virtudes* por parte de quienes han sido admitidos a la profesión, habrá que pensar en *fundamentarlos en la ciencia y en la metodología* de la enseñanza» (n. 203).

c) En la organización escolar

47. A Calasanz se debe el primer intento de Escuela Graduada. Para L. Von Pastor²⁵, a él corresponde también *la fundación de la primera escuela popular gratuita de Europa*.

Es cierto que antes de Calasanz hubo teóricos de la pedagogía, educadores y estadistas, cordialmente ocupados por el problema de la educación, tanto en el campo católico como en el protestante. Pero los teóricos no superaron nunca los límites de las piadosas reflexiones —incluido Lutero y estadistas sajones—. Las Escuelas Pías de Calasanz, en cambio, cumplieron perfectamente los tres calificativos de «universales, gratuitas y obligatorias».

Amplió el programa cultural e intelectual vigente en la escuela elemental de su época, orientándolo hacia la cultura humanística y dando importancia a las materias que

²⁴ Valeriano Magni, hermano del conde de Stráśnice, que fundó un colegio de escolapios en esta ciudad de Moravia, cuya iglesia regentan hoy los escolapios.

²⁵ Cf. *Storia dei Papi*, Roma 1942, vol. XI, pp. 438-440.

abrían el acceso a oficios remunerados, como las matemáticas, la caligrafía, la música.

d) En el sistema educativo

48. Inició la práctica del sistema preventivo, cuya teoría desarrollará más tarde San Juan Bosco, quien confesaba haberlo visto practicar ya en el colegio Nazareno de Roma, fundado por Calasanz. A este mismo colegio envió San Juan Bautista de la Salle al H.^o Brolier en 1708, para informarse sobre el método escolapio.

Las cartas de Calasanz están llenas de la recomendación de los sacramentos —penitencia y eucaristía— y de la oración, como fuerzas preventivas e iluminadoras.

Su objetivo de educar desde los años infantiles es la globalización del método preventivo a toda la educación cristiana, más allá del aspecto puramente pedagógico, y constituye el núcleo fundamental de su argumentación en el Memorial al cardenal Tonti. El Santo afirma en dicho documento que la futura Orden quiere no sólo educar a todos, sino comenzar a hacerlo antes de que cada uno de los educandos pierda su maleabilidad. Y por eso considera el ministerio escolapio como fundamento y compendio de todos los demás a los que abre camino (cf. TONTI, n. 5, 9, 10, 14, 15, 24, 25, 26).

e) En la didáctica

49. Promocionó toda innovación, viniere de donde viniere, defendiendo así el principio evolutivo de que se siga en cada época la metodología que los peritos y expertos en la materia aconsejen como la mejor.

Perfeccionó la enseñanza del latín, animando al P. Juan Fco. Apa a publicar la primera gramática latina escrita en italiano, ejemplo que no se extenderá hasta un siglo después: mientras el protestante Juan Amós Comenio escribía en latín sus libros dedicados al estudio de la lengua patria, Calasanz y sus escolapios componían en lengua vernácula la gramática latina.

Introdujo el estudio de las matemáticas en la educación popular siendo pionero en este aspecto.

f) En lo apostólico-pedagógico

50. Creó una forma típica de apostolado juvenil, por medio de un *sacerdote especializado* dentro de cada colegio, «el confesor de los alumnos, que con caridad y benignidad, atraiga los corazones de los jóvenes a Dios» (CC, 193).

Calasanz fue el primer fundador de una Orden religiosa *específicamente* dedicada a la enseñanza. Benedictinos, dominicos y jesuitas, entre otros, se ocuparon de enseñar a los niños, pero ninguna de estas Órdenes fue fundada con ese fin específico de educar a los niños y preferentemente a los pobres.

Concibió su escuela como una síntesis de fe-cultura-vida, animada por auténticos educadores cristianos tanto por su vida como por su compromiso.

g) En lo social y político

51. La obra de Calasanz preparó la emancipación de las clases populares en lo social y político. Emancipación que va ligada a su instrucción y educación. La fundación de las Escuelas Pías contribuyó también a la consolidación práctica y a la convalidación histórica de los derechos de la Iglesia en el campo de la educación, en un tiempo en el que los protestantes consignaron las escuelas a las autoridades civiles (MRE, pp. 23-28).

Con sus propias palabras

52. Si quisiéramos reseñar con palabras textuales del mismo Calasanz su experiencia pedagógica, bastarían estas citas:

«En cuanto al principio de las escuelas, yo me encontré con otros dos o tres de la Doctrina Cristiana que iban al Trastévere a dar clase en ciertas escuelas que se hacían en Santa Dorotea, en las cuales, dado que gran parte de los alumnos pagaba cada uno un tanto al mes y de los compa-

ñeros había quien venía por la mañana y quien venía por la tarde, me decidí, al morir el párroco que nos prestaba una salita y una habitación en la planta baja, a meterlas en Roma conociendo la gran pobreza que había por haber visitado yo, siendo de la Cofradía de los Santos Apóstoles seis o siete años, todos los barrios de Roma; y de los compañeros que tenía en el Trastévere uno solo me siguió, y fue puesto en Roma el instituto, que poco a poco se hizo Congregación y luego Religión» (EP, c. 4185).

«Lo soporto todo con paciencia, resuelto a morir antes que abandonar la empresa» (EP, c. 1148).

«Estoy aquí con tantos trabajos y perturbaciones, que no tengo tiempo de realizar la mitad de los asuntos» (EP, c. 202).

«Deseo que esa casa esté bien atendida, no sólo por ser la primera en la que yo en persona he trabajado, sino también por tener mayor número de alumnos y hallarse en lugar donde la pobreza es mayor: a la que nosotros, según nuestro ministerio, debemos servir y ayudar con todas nuestras fuerzas» (EP, c. 1214).

«Os compadezco por la prolongada enfermedad, y desearía poderos consolar más con hechos que con palabras. Pero la necesidad de nuestra pobre casa de Roma no me permite hacerlo, no teniendo nada que enviaros» (EP, c. 2055).

«Me he ocupado siempre en diversas cosas y he aprendido a escribir a la perfección, y también muchas partes de la aritmética, para poder enseñarlo a los nuestros. En caso de necesidad, he llevado la escuela de caligrafía y aritmética, de leer y de gramática, cuando se ha presentado ocasión por enfermedad de algún maestro o por accidente. Y no he perdido por esto nada de la dignidad del sacerdocio, ni reputación del cargo» (EP, c. 3672).

«Ordene que quien tenga talento para la caligrafía y la aritmética las aprenda, aunque sea clérigo. Yo, por haberlo estudiado, no he perdido un punto de mi sacerdocio, que es la mayor dignidad que he podido conseguir» (EP, c. 2162).

«Al principio de la obra, por muchos años, hacía yo todos los oficios más viles y bajos de la casa, hasta que vinieron operarios y me ayudaron» (EP, c. 1892)

«No sólo he lavado los platos, trabajando tanto como los que hacen escuela, sino que he ido también a la cuestación del pan con las alforjas al hombro por Roma y a acompañar a los alumnos. Y estoy dispuesto a repetirlo ahora» (EP, c. 2757).

«Infinitas veces he deseado ser antes portero o enfermero en cualquier casa, que tener el cargo que tengo. Y Dios me es testigo que es así» (EP, c. 1516).

«Pasando yo de ochenta años, voy muchas veces a ayudar, ya en una escuela, ya en otra. Y así debería obrar todo superior, aunque no hiciese más que tomar la lección a diez o doce alumnos cada vez, pasando por diversas escuelas» (EP, c. 3036).

«Yo mismo viejo como soy, voy muchas veces a echar una mano en las escuelas» (EP, c. 4204).

«Me han ofrecido casa e iglesia en Praga y en más de otros diez lugares [...]. Si tuviera ahora diez mil religiosos, podría en un mes distribuirlos a todos en aquellos lugares que nos lo han pedido con grandísima insistencia. De manera que nuestra Religión no es como muchas otras, que con diversos medios procuran penetrar en las ciudades. Porque la nuestra es buscada y procurada por muchos señores cardenales, obispos, prelados, grandes señores y ciudades principales, como puedo probar con muchas cartas» (EP, c. 2027).

A modo de resumen

53. Podemos concluir este apartado sobre la experiencia pedagógica de Calasanz señalando que el Santo fue maestro de niños y religiosos; dio clase diariamente durante quince años, organizó y dirigió las Escuelas Pías de S. Pantaleón hasta su muerte; intervino personalmente en la creación y puesta en marcha de las de Frascati, Carcare y Nápoles, y a través de sus cartas en todas las

demás. Su atención a los religiosos jóvenes y adultos abarcó la esfera espiritual y la dimensión pedagógicodidáctica: para ellos escribió claras reglas de aritmética, problemas de matemáticas para sus alumnos; corrigió las composiciones de los seminaristas escolapios, les propuso temas concretos de composición y les enseñó la manera de corregir las composiciones de los escolares. Les proporcionó libros y los mejores maestros, aunque algunos de ellos estuvieran en entredicho por la oficialidad católica, como Galileo Galilei, Tomás Campanella, etc. A sus maestros les animó a seguir el mejor método, el más fácil, claro y breve, abierto siempre a lo mejor en cada momento; e incluso promovió que ellos descubrieran nuevos métodos. Fue un buen catequista, confesor de adultos y niños, predicador y director espiritual de seglares y religiosos. Murió como Cristo, aparentemente fracasado, pero también en su caso, según la promesa del Señor, de la muerte nació una nueva vida.

2.2 Enseñanza pedagógica de San José de Calasanz

54. La enseñanza pedagógica global de Calasanz, fruto de su propia experiencia y del conocimiento ponderado de la realidad educativa de su tiempo, se centra ante todo en los agentes de la educación (alumnos, educadores, padres de alumnos, ambiente) y se desarrolla dinámicamente en la actividad educativa (educación integral de piedad y letras, escuela graduada y estructuras organizativas). Todo ello se resume ordenadamente en los siguientes puntos.

El alumno

a) Retrato descriptivo

55. Calasanz concibe al niño como un ser —hijo de Dios, explícitamente— que, desde muy tierna edad, es capaz de desarrollar su personalidad humana y su vida sobrenatural, si, con afecto mayor cuanto menor es su edad, se le va proporcionando una instrucción y una educación integral en la piedad y las letras (cf. TONTI, n. 5, 9-12, 25-26).

El alumno es el Cristo a quien ama y sirve el educador (cf. EP, c. 3041) y su pobreza no es impedimento, no debe serlo, para acceder al campo íntegro del saber, sin limitación alguna.

b) Pobreza y gratuidad

56. En un primer momento, Calasanz atendió exclusivamente a los pobres, exigiendo de los alumnos la «fe de pobreza» extendida por el propio párroco o, en el caso de nobles empobrecidos, por el confesor o por otra persona digna de fe, a fin de acallar las protestas de los maestros de los barrios.

Más tarde, particularmente después de 1617, aun afirmando que su escuela «es más para los pobres que para los ricos» (EP, c. 2434), atendió también a los ricos porque todos tienen necesidad de educación, como Calasanz explica en el memorial al cardenal Tonti (cf. TONTI, n. 5, 9, 25, 26).

Después de no pocas insistencias de sus religiosos y de extraños, permitió por fin en 1638 que en Florencia se abriese la llamada «Escuela de Nobles», para servicio exclusivo de los mismos, si bien la gratuidad de la enseñanza —al menos formalmente— fue también aquí rigurosamente observada.

Esta gratuidad no hubiera bastado a muchos pobres, que, faltos de todo recurso económico, no habrían podido frecuentar las Escuelas Pías. Calasanz les proporcionaba papel, plumas, tinta, libros y, no raras veces, incluso ropa y alimentos.

A quienes no tenían en sus casas condiciones para realizar los trabajos escolares y a quienes venían desde lugares lejanos, les permitía quedarse, después de la comida, recogidos en un aula, bajo la vigilancia de un religioso, y allí estudiar hasta el comienzo de las clases de la tarde (SJC, pp. 383-392).

El «*praecipue pauperes*», referido a los niños, es un eje transversal en la temática de Calasanz (Constituciones, cartas, memoriales).

c) Edad mínima y máxima

57. El dar instrucción a los «pequeñines», como Calasanz los llamaba, fue un gesto de importancia social, porque atendía a la parte más pobre, más numerosa y más abandonada de la población, al mismo tiempo que la más susceptible de ayuda y remedio (cf. CC, 2).

Exigía que tuvieran como mínimo seis años, aunque sus propios religiosos le presionaban a no admitirlos en edad tan temprana, porque entendían que la educación a esa edad era cosa totalmente «mujeril».

Respecto a los mayores, no quiso admitirlos si habían pasado ya de los dieciséis años y manifestaban mala conducta; o bien los aceptó solamente como prueba y después de una previa confesión general. En el caso de los internados redujo la edad a 14 ó 15 años como máximo. Además quiso que los mayores estuvieran siempre separados de los pequeños (cf. EP, c. 2236).

d) Número de alumnos por aula

58. Calasanz vio claramente que sólo con un número muy limitado de educandos por aula se puede obtener buen resultado, tanto en la parte instructiva como en la educación. De ahí que quisiera, no obstante la penuria de maestros de que disponía, que ninguna clase tuviera más de cincuenta alumnos, llegando a sesenta únicamente en casos extraordinarios (cf. EP, c. 3022). El criterio social se ponía por encima del pedagógico en la práctica. El corazón del padre vencía a la mente del pedagogo.

e) Externos e internos

59. Calasanz, fiel a las Constituciones de la Orden, fue bastante contrario a emplear sus religiosos en la atención de internados y seminarios (cf. CC, 184).

Durante su vida funcionaron sólo dos internados: el Nazareno de Roma y el Lauretano de Nikolsburg. En ambos procuró, ante todo, la cuidada selección de los alum-

nos, exigiendo que fuesen de familia honesta, de buena salud, de buen talento y de probadas costumbres.

Los Reglamentos que escribió para ellos reflejan una educación con cierto rigor ascético, no muy distinto de los Colegios Mayores de la época.

f) Su participación en la educación

60. Admite Calasanz, en determinados casos, la participación decisoria de los alumnos en aspectos educativos, didácticos y disciplinarios, a través de los «Decuriones», los «Emperadores» y las «Academias».

Los alumnos decuriones contribuían en alto grado al trabajo de los educadores, particularmente en lo disciplinar, pero a veces también en lo didáctico. Escogidos con la aprobación de los compañeros y sus maestros, ayudaban al Prefecto en la disciplina: control de las ausencias y vigilancia en los actos comunes; ayudaban a los maestros controlando el cumplimiento de los deberes cotidianos de sus condiscípulos y tomándoles las lecciones del día anterior (SJC, pp. 320-321).

Hubo dos tipos de alumno emperador: el primero reinaba una semana y el segundo un curso entero. Podían impetrar para un determinado número de casos la amnistía a sus compañeros de ciertos pequeños castigos (cf. EP, c. 1425).

Las academias ejercitaban, con sus sesiones mensuales, la composición literaria, en prosa y verso de los alumnos, y promovían su participación activa en la cultura humanística (cf. EP, c. 1983).

g) Alumnos católicos y no católicos

61. La mente amplia y el corazón abierto de Calasanz le llevó, no sólo a tratar con personalidades que habían tenido dificultades con el Santo Oficio (Galileo, Campanella, Scioppio), sino también a admitir en Roma —en tiempos de la Reforma— alumnos judíos, comprometiéndose a respetar su fe sin hacer proselitismo; y en la Ale-

mania luterana, a chicos protestantes, sin la más mínima presión por convertirlos (SJC, p. 618).

El educador

a) Perfil

62. Calasanz tenía, acaso como ningún otro antes que él, un concepto tan alto del educador, y particularmente del maestro elemental, que lo cree un misionero de la verdad que, difundiendo la luz, disipa las tinieblas de la ignorancia y ayuda a los alumnos a liberarse de la esclavitud intelectual y moral y a alcanzar la verdadera felicidad (cf. CC, 3-4, 6-7, 203).

Sostenía que el buen educador nace y se hace. De ahí que exigiera selección diligente y formación solícita. Deseaba que ciertas cualidades físicas y psíquicas preexistieran como substrato en el futuro educador: buen ingenio, buena índole, buenas costumbres, buena salud de cuerpo y espíritu. Les exigía entrega y abnegación en su trabajo de *obreros de las Escuelas Pías* y les proporcionaba medios para llevar una ejemplar vida interior, adquirir una cultura suficiente, desarrollar actitudes pedagógicas y los mejores métodos de enseñanza (cf. EP, c. 16).

b) Cooperador de la Verdad

63. Definió Calasanz al educador como «cooperador de la Verdad» (CC, 3), porque considera que la causa primera es Dios, la Verdad. Y porque entendió que para educar y reformar el interior de los niños y jóvenes se necesitan hombres escogidos por Dios. En esta definición es quizás donde mejor aparece la implicación de la espiritualidad y la pedagogía. La suya era una pedagogía de la santidad que no podía ser realizada más que por Dios a través del Espíritu Santo como maestro interior y apoyada por la santidad del educador, cuya función debía ser ni más ni menos que la de facilitar la acción divina (cf. TONTI, n. 8; SJC, pp. 75-76).

c) Formación remota y próxima

64. La atención que Calasanz prestaba a los futuros educadores abarcaba tres dimensiones: el ser (la persona), el saber (conocimientos) y el saber enseñar (didáctica y metodología). De hecho, las Constituciones que él redactó prescriben una formación concienzuda del futuro educador y disponen que, después de una sólida base espiritual, sea instruido tanto en las letras y ciencias humanas cuanto en la pedagogía, particularmente en la didáctica y en el método de enseñar (cf. CC, 203-210). Para Calasanz, si previamente no existe una formación espiritual adecuada que atañe al futuro educador como educando permanente, lo demás tendrá valor, pero estará carente de la base fundamental.

65. Por lo que se refiere a la formación intelectual del educador, ordenó que los novicios, después de aprovechar en el ámbito espiritual, estudiaran la gramática (latín) y la interpretación de los autores clásicos, y aprendiesen el método de la doctrina cristiana, la caligrafía y el ábaco (cf. CC, 207).

En los años sucesivos se continuaban los estudios humanístico-literarios y científico-matemáticos, la filosofía, la teología, música sagrada y profana, la lengua vernácula, etc. (cf. CC, 205-206; SJC, pp. 134-140).

Para asegurarse más de la buena formación de los futuros educadores, introdujo los exámenes obligatorios para los maestros antes de que comenzaran su oficio y cada vez que de una escuela menor hubieran de pasar a otra mayor. Deseó que cada uno, según su capacidad y talentos, se aplicase al trabajo y apostolado escolar más acomodado a su carácter y a sus facultades intelectuales (cf. CC, 189-191; EP, c. 1226).

No solamente quiso maestros especializados, sino que, por motivos bien comprensibles, quiso también que las diversas naciones tuvieran educadores nativos (cf. EP, c. 1907).

El maestro debutante empezaba siempre por la clase inferior y contaba con la ayuda que le proporcionaba el

Prefecto —que visitaba diariamente todas las aulas—, el intercambio de experiencias pedagógicas que Calasanz pedía en las recreaciones comunitarias y en las conferencias semanales; y con las bien dotadas bibliotecas de las casas (cf. EP, c. 1182).

Respecto a la íntima unión que debía darse en el educador entre el estudio y la piedad, quiso que los suyos estudiaran siempre con humildad y que todos sus estudios estuvieran acompañados de un intenso fervor piadoso. Pero en el caso de una eventual incompatibilidad, debida a la debilidad humana, prefirió la virtud al saber (cf. CC, 93, 210-211, 299-300).

d) Renovación

66. Quería Calasanz que cada seis u ocho años se diera un tiempo de renovación (año sabático) al educador, para que repusiera fuerzas, hiciera balance, conociera nuevas realizaciones en su campo y retornara a la tarea con mayores bríos (Memorial a los cardenales Giustiniani²⁶, Lancellotti y Soana, SL p. 173, n.3).

e) Espiritualidad:

67. No puede escapar a la mirada de un profundo observador de la espiritualidad del educador calasancio que ésta se desenvuelve siempre en función de una particular finalidad pedagógica. El ejercicio de la virtud, las prácticas comunes de piedad, la vivencia de sus cuatro votos (pobreza, castidad, obediencia y enseñanza) le sirven no sólo para alcanzar una semejanza cada vez mayor con el Señor, sino que le son también útiles e indispensables para perfeccionar su carácter pedagógico. Y viceversa: toda su actividad pedagógica se convierte en medio potentísimo de progreso espiritual.

²⁶ Segundo protector de las Escuelas Pías en cuyo *palazzo*, hoy Senado de Italia, recibió Calasanz el hábito religioso en 1617. Giustiniani presentó al papa Gregorio XV la petición de elevación de las Escuelas Pías a Orden religiosa.

Es indudable que para Calasanz la principal virtud del educador es el amor a Dios y al prójimo, que cristaliza en el amor práctico para con los alumnos, en la caridad pedagógica (cf. CC, 6).

Quiere que el amor al niño —Cristo para el educador— vaya siempre acompañado de una gran paciencia «para saberse servir del talento que descubra en los alumnos y saber, además, poner remedio a sus faltas e imperfecciones con afecto paternal» (EP, c. 3721).

El educador debe practicar la humildad y la pobreza, no sólo porque ha de enseñar los primeros elementos y esto a niños pobres, sino también que ambas virtudes son inherentes al oficio mismo del maestro, que debe adaptarse continuamente a la capacidad de los pequeños (cf. EP, c. 3761; SJC, pp. 88-91).

f) Distintos educadores

De los diferentes documentos que tenemos a nuestra disposición, se deduce que, según las intenciones de Calasanz, el personal docente de un colegio debía ser el siguiente:

1. El ministro local

68. Era el director del centro, tanto del cuerpo docente como de los alumnos. Su cargo duraba tres años y podía ser reconfirmado para un nuevo trienio (cf. CC, 186-192).

Ante todo debía proveer la escuela del necesario personal docente, cuidando especialmente la «sección elemental» y la primera clase de gramática, para mejor atender a los pobres que necesitaban empezar a trabajar pronto (cf. CC, 198).

Había de garantizar que en todas las clases se enseñara un único patrimonio intelectual y espiritual, y se utilizase un mismo método de enseñanza. Calasanz exigió la homogeneidad no sólo dentro de cada escuela, sino entre todos los colegios. Para obtener tal uniformidad, el Ministro local debía dar por escrito a cada profesor el programa

a desarrollar, el modo de utilizarlo, los libros a emplear y el horario (cf. CC, 212-216).

Debía visitar frecuentemente las clases, para alentar, exhortar y excluir a los maestros ineptos (cf. CC, 190-191).

Semanalmente informaba a los Superiores y tenía una conferencia pedagógica en la comunidad en la que se estudiaban «casos» concretos. En más de una ocasión, Calasanz le aconsejaba que diera alguna clase e, incluso, que acompañara a los alumnos a sus casas en las «rutas» (cf. EP, c. 167; SJC, pp. 283-292).

2. El prefecto de las escuelas

69. Seguía inmediatamente al Ministro en la organización. Era su representante y el garante de la buena marcha de las escuelas (cf. CC, 202).

Velaba por la formación integral de los alumnos y por el cumplimiento de los horarios, programas y reglamentos. Abría y cerraba las escuelas.

De él dependían las inscripciones. Previo examen, asignaba a cada alumno la clase a la que debía incorporarse. Presidía los exámenes de promoción.

Visitaba con frecuencia las aulas, con lo que controlaba las ausencias, el desarrollo de los programas, los textos empleados, etc. Se entrevistaba con los padres de los alumnos, cuando la marcha del hijo lo requería.

Los Oratorios dominicales, los recreos, las actividades extraescolares, el acompañamiento de los chicos en las «rutas», la confesión y comunión mensuales, la Oración Continua, todo era organizado y controlado por el Prefecto (cf. SJC, pp. 293-301).

3. El maestro

70. La persona más importante en el cuadro docente. Calasanz quería que fuera erudito, piadoso y lleno de amor a los niños pobres.

Antes de ejercer definitivamente, debía hacer al menos durante tres años su tirocinio, comenzando por la clase más baja hasta llegar a la escuela de humanidades. Era sometido a un examen y debía emitir la profesión de fe (cf. CC, 206-209).

Estaba en el aula antes que llegasen sus alumnos y no los abandonaba hasta que se deshacían las filas de la «ruta». En la clase, en la iglesia, en el Oratorio dominical, en el patio, por las calles, cada grupo tenía la compañía de su maestro (cf. CC, 115-116).

Ni podía entrar en las aulas ajenas, ni debía dejar entrar a otros en la suya sin permiso del Prefecto. Tampoco podía expulsar a ningún alumno sin este permiso.

Hacía la limpieza de su aula, comunicaba las ausencias y ponía particular atención en las buenas costumbres, conversaciones y juegos de los escolares.

De entre los mejores alumnos escogía los Decuriones y demás Oficiales que le ayudaban en la marcha de la clase.

Su contacto indispensable con los padres tenía lugar en presencia del Prefecto, al menos, con su autorización. Y no podía aceptar nada de ellos, ni visitarlos en sus casas, a no ser en caso de enfermedad grave de los padres o el hijo (cf. CC, 38, 113, 114).

En cuanto a su actividad didáctica, tenía que ser absolutamente fiel al programa, (libros, ejercicios, método) que recibía del Ministro. Podía emplear apuntes, para ayudar su memoria, a la hora de explicar las lecciones (cf. SJC, pp. 301-307).

4. El confesor de los alumnos

71. Dada la gran importancia que Calasanz atribuía a la eficacia de los sacramentos en su sistema educativo, no podía faltar en el cuadro docente la figura del Confesor, verdadero Director Espiritual (cf. CC, 193).

Debería estar exento de clases, ser de edad madura y perito en los casos que presentan los alumnos. Poseedor

de un método fácil de interrogar a los muchachos y proponerles ideales atractivos (cf. CC, 316-317).

Siempre a disposición de los escolares, debía confesarlos a todos al menos una vez al mes y guiarlos como auténtico director espiritual. Cuando uno había de ser castigado con el azote, podía ofrecerle la oportunidad —de acuerdo con el Prefecto— de cambiar el castigo por la confesión, porque, según Calasanz, «es más eficaz el sacramento que el azote» (EP, c. 1441).

Debía ingeniarse para que todo nuevo alumno hiciera cuanto antes confesión general, para así, conociéndole por ella, poderle mejor guiar en lo sucesivo (cf. SJC, pp. 307-311).

5. El prefecto de la Oración Continua

72. El prefecto de la oración continua venía a ser el ayudante del Confesor y el que dirigía espiritualmente a los alumnos en el fuero externo, especialmente en la práctica de la Oración (cf. CC, 194).

Tal prefecto debía ser «de edad madura, culto y de espíritu grande», porque su cargo y responsabilidad eran, para Calasanz, muy importantes (cf. SJC, pp. 311-313).

6. El corrector

73. En una época de castigos duros e incluso caprichosos, Calasanz suavizó la práctica del castigo corporal, encomendando a un religioso, distinto del maestro y del prefecto, la ejecución de los eventuales castigos corporales.

A él no le correspondía establecer la medida del castigo, sino ejecutarlo según las órdenes del Prefecto o del Ministro, «con gran prudencia, piedad, benignidad y misericordia» (cf. SJC, pp. 313-315).

7. Oficios menores

74. Además de los oficios ya reseñados, cuyos encargados eran siempre personas fijas, había otros de menor

importancia, no siempre desempeñados por personas determinadas, sino por todo el personal docente en turnos: el prefecto de patio ayudaba al Prefecto de las escuelas en la disciplina de los recreos; los custodios de los escolares vigilaban a los muchachos reunidos en la puerta del colegio hasta que se daba la señal para entrar en las aulas; el bibliotecario cuidaba la conservación de los libros y el silencio de los profesores y estudiantes que los consultaban; los guías, dos por grupo, que acompañaban a los alumnos desde la escuela a la casa paterna por las rutas establecidas en la ciudad con el auxilio de los decuriones (cf. SJC pp. 315-319).

8. Miembros externos al cuerpo docente

75. El hecho de ser las Escuelas Pías Orden religiosa supuso una ayuda «desde fuera» a la marcha de los colegios: el P. Provincial, los PP. Visitadores y el P. General desempeñaban lo que hoy hace el Ministerio de Educación a través de sus Inspectores.

Según Calasanz, nadie podía ocupar el cargo de Provincial (superior de los varios colegios de una demarcación religiosa) sin seis años integralmente dedicados a la enseñanza y al menos tres de Ministro local (cf. CC, 282-283).

Al Provincial tocaba nombrar los Ministros locales, organizar el personal docente de cada casa, nombrar los examinadores de los maestros, recibir la información semanal del Ministro y visitar cada año todas las escuelas.

Calasanz, como primer P. General de la Orden, mantuvo un contacto permanente y detallado con las casas, como lo atestigua su amplísimo epistolario.

Los PP. Visitadores eran representantes del P. General o del P. Provincial que inspeccionaban las escuelas y controlaban su buena marcha, las instalaciones, los programas, la enseñanza de la doctrina cristiana, el funcionamiento de los Oratorios dominicales, las Academias, las Congregaciones. Decretaban el remedio oportuno a las irregularidades y transmitían las experiencias positivas de unos centros a otros (cf. CC, 310-311; SJC, p. 325-328).

g) Participación de los educadores en la marcha del colegio

76. Calasanz insistía en que había que escuchar a todos en las reuniones semanales y siempre alentó las buenas iniciativas de sus maestros, con lo que la marcha de la escuela no era sólo obra del Ministro o del Prefecto (ciertamente este último el «hombre fuerte» de su sistema), sino labor de todos.

h) Actividad catequética dentro y fuera del colegio

77. La Doctrina Cristiana fue la principal materia de enseñanza en las Escuelas Pías. Puso Calasanz todo empeño en que sus maestros se preparasen bien para este oficio y se enseñase la doctrina cristiana con la regularidad y normalidad de todas las demás materias escolares (cf. CC, 5, 200).

Quiso, además, la enseñanza dominical y festiva tenida públicamente en el templo. Mientras en las clases se adelantaba siempre un poco en la materia, los domingos y fiestas era más bien una expresión pública de lo aprendido, con la duración de una hora por lo menos. No faltaba nunca una exhortación espiritual hecha por el Catequista, ni alguna repetición de las lecciones señaladas. Pero eran con frecuencia los mismos muchachos quienes tenían la parte principal con sus disputas o bien con sus discursos (cf. SJC, pp. 434-437).

Calasanz quiso que se diera catequesis dominical no sólo a los alumnos, sino también a los extraños, generalmente muchachos y niños. Los primeros escolapios, con el Venerable Glicerio Landriani al frente, enseñaban con gran celo y acierto la doctrina cristiana en diversas iglesias de Roma, Frascati y pueblos vecinos (cf. SJC, pp. 442-446).

Padres de alumnos

78. Calasanz sabía que la escuela, si quiere asegurarse un éxito estable y duradero en el educando, no puede descuidar la cooperación con los padres. Por eso quería que hubiera una relación lo más estrecha posible.

El primer punto en que pedía la colaboración de los padres era en la asistencia diaria de los niños a clase y en el control del progreso en su aprendizaje. Debían justificar todas las ausencias y controlar la realización de las tareas, así como la buena conducta de los hijos.

El Prefecto tenía un despacho en el que acoger a los padres para recibir o dar información. Y los maestros también podían ser visitados por éstos, en presencia del Prefecto.

Era sumamente estrecha la colaboración a la hora de decidir si el hijo iba a proseguir «estudios literarios» o se quedaba en la «capacitación profesional» de las primeras clases.

Calasanz dejó escrito en sus Constituciones que los libros de los escolares fueran tales que hasta sus padres pudieran sacar fruto de ellos (cf. CC, 213).

En las iglesias de los respectivos colegios podían ser atendidos los padres de los alumnos. Incluso funcionaban Congregaciones o asociaciones de adultos a ellos destinadas.

Las representaciones, recitales y academias solemnes contribuían también al contacto entre padres y colegio.

La delicadeza de Calasanz en este tema llegó a la prohibición de pedir ayuda en las casas de los alumnos, para salvaguardar la gratuidad total.

Los maestros podían visitar a sus alumnos y a los padres de éstos cuando estaban gravemente enfermos para llevarles el consuelo de la fe.

Calasanz quería que se respetase la justa crítica de las familias respecto a la marcha del colegio, pero no permitía nunca que se diese oído a los caprichos y observaciones incompetentes de los padres (cf. SJC, pp. 359-362).

Ambiente escolar

79. El llamado «sistema preventivo» fue utilizado con plena eficacia en las escuelas de Calasanz, si bien su

exposición sistemática la haría mucho más tarde Don Bosco. Es la entraña de su sistema educativo presentado en el Memorial al Cardenal Tonti (nn. 5, 9, 15, 17, 25, 26).

El ambiente educativo comenzaba con la educación «a teneris annis», el control continuo del educando y el oportuno uso de los sacramentos. Se proponía a los alumnos ideales consistentes para no quedarse en el «adiestramiento» de una disciplina exterior; se les formaba sólidamente en las virtudes cardinales (prudencia, justicia, fortaleza, templanza), y se les iniciaba en el espíritu y la vida de oración, abriéndoles a la preocupación por los grandes problemas de la Iglesia y la Sociedad (cf. SJC, pp. 603-607).

Integración de Piedad y Letras

80. Calasanz afirma que a los educandos bien enseñados en las letras y educados en la piedad, se les puede prever un feliz transcurso de su vida entera (cf. CC, 2).

Las Escuelas Pías de Calasanz fueron verdaderamente escuelas, en el sentido más moderno y concreto de la palabra, y no sólo un Oratorio destinado únicamente a la educación moral y religiosa de los muchachos.

Piedad y letras, ciencia y piedad, cultura y fe, se integran en la mente y en la praxis pedagógica de Calasanz y sus seguidores. Al hablar de los futuros educadores, escribió Calasanz: «armonicen el estudio con la piedad y que ambos se presten recíproco servicio» (CC, 210). El lema era primariamente para los maestros y como consecuencia para los alumnos.

Piedad

81. La escuela de Calasanz tiene como principal meta la buena educación moral y religiosa de los niños (cf. CC, 2), cuyo último fin fue, sin duda, hacer a cada educando «hábil para santificarse» y sujeto activo de la reforma moral de la sociedad. Habla el santo de educar en la piedad y en la doctrina cristiana, es decir, en la espiritualidad o experiencia cristiana y en los conocimientos o cultura religiosa (cf. CC, 5).

Insistió Calasanz en iniciar «desde los tiernos años» la educación para prevenir todo influjo perjudicial. Aquellos que ya habían perdido la inocencia eran invitados a hacer confesión general, al ingresar, para romper con el pasado e iniciar una vida nueva (cf. SJC, pp. 470-473).

a) Santo temor de Dios

82. La formación estrictamente religiosa tenía como meta inicial suscitar en los alumnos «el santo temor de Dios», entendido como admiración por la grandeza de Dios (solía usar, con frecuencia la expresión de la época «Su Divina Majestad») y una relación filial respecto a la paternidad divina, que llevaba al muchacho a vigilar amorosamente el cumplimiento de los mandamientos.

Este «temor de Dios» —principio de la sabiduría— que se transformaba en «amor reverente», en piedad filial, ha quedado para siempre como base principal de la educación religiosa calasancia (cf. SJC, pp. 474-475).

b) Cristocentrismo

83. Quiso Calasanz que, además de la enseñanza regular de la doctrina cristiana, se propusiera y explicara a los alumnos, con particular cuidado, toda la vida y pasión de Cristo según el libro escrito por el mismo Calasanz; que las fiestas del Señor se celebraran con gran solemnidad; que la Oración Continua se realizara ante el Santísimo; que al menos mensualmente comulgaran los que tenían edad para ello y que la figura de Jesús fuera el primero de los ideales que se propusiera en las aulas (cf. SJC, pp. 476-479).

c) Sacramentos

84. Entre todos los medios naturales y sobrenaturales de la educación calasancia, ocupan, indiscutiblemente, el primer lugar los sacramentos de la confesión y comunión (santa misa).

Calasanz dijo de estos dos sacramentos «que suelen iluminar extraordinariamente el entendimiento y, al fre-

cuentarlos con devoción, suelen inflamar la voluntad para que se aborrezca el pecado y se amen las obras de virtud» (EP, c. 471).

Deseó la Misa obligatoria para todos, pero dio una cierta libertad a los mayores; la quiso cotidiana, pero hizo todo lo posible para que la participación de los alumnos fuera cada vez más activa, fructuosa y disciplinada. Si el templo fue para él la principal aula escolar, la Misa fue la lección más importante (cf. SJC, pp. 523-537).

d) La oración continua

85. Consistía en una adoración ininterrumpida del Santísimo hecha diariamente durante las horas de clase por todo el alumnado en turnos de nueve, diez o doce escolares cada vez, en intervalos de treinta minutos, bajo la guía de un sacerdote. Se oraba por las necesidades de la Iglesia, la sociedad y las Escuelas Pías. Se explicaban las principales verdades de la fe y el modo devoto y frecuente de confesar y comulgar (cf. SJC, pp. 311-312; SL, pp. 112-116).

e) Devoción mariana

86. Después de Cristo, el segundo ideal que Calasanz quiso que se propusiera a los alumnos fue la Virgen María, madre de Dios y de las Escuelas Pías.

Las clases comenzaban y concluían con invocaciones a la Virgen. En la tarde todos pasaban por la iglesia para recitar las letanías lauretanas de la Virgen o la Corona de las doce estrellas, alabanza sencilla y teológica, obra de Calasanz. El rosario se recitaba en las filas o rutas al volver a casa. El *Angelus*, mañana y tarde. Todas las prácticas de piedad concluían con el rezo «A tu amparo y protección, Madre de Dios acudimos...».

El sábado estaba especialmente dedicado a María. Los domingos y festivos los mayores, antes de la eucaristía, rezaban el oficio de la Virgen, y los pequeños, el rosario. Las siete festividades de la Virgen se celebraban con vacación y Oratorio.

Los alumnos más devotos se inscribían libremente en las Congregaciones marianas de los colegios (SJC, pp. 480-494).

f) El culto de los santos y del ángel de la guarda

87. Después de la presentación de Cristo y de su Madre, Calasanz proponía a los muchachos la figura de los santos más apropiados a la mentalidad y circunstancias de aquéllos: los niños santos Justo y Pastor; los tres jóvenes mártires de Sicilia; santo Tomás de Aquino, modelo por su pureza y amor a la ciencia. Ellos entraban en el mundo real de los alumnos como modelos que iluminaban su entendimiento y atraían su voluntad. No olvidó tampoco Calasanz la figura del ángel de la guarda, referencia del buen educador (cf. SJC, pp. 480-494).

g) El ejercicio de las virtudes

88. Prescribía Calasanz que sus discípulos hicieran cada día atento examen de conciencia, y se les enseñara el modo de hacerlo bien.

Comenzaba la jornada con el ofrecimiento al Señor de todos los actos, mediante un texto compuesto por él mismo (cf. SL, p. 110).

Se repetían diariamente en forma de plegaria actos de fe, esperanza y caridad, para lo que se imprimieron hojas especiales. Se añadían actos de humildad y contrición.

Se insistía mucho en la formación de las virtudes morales del educando. Calasanz puso todo su empeño en alcanzar el espíritu de sinceridad y verdad en los niños, como condición sin la cual no se podía llegar a una sólida educación en la verdad. Tuvo un cuidado especial en la educación de los jóvenes a la pureza (cf. CC, 201; SJC, pp. 502-516).

h) La práctica de la oración

89. Uno de los objetivos principales de la educación calasancia era promover en el educando un espíritu pro-

fundo de oración, que había primeramente de empapar toda su persona y proyectarse después en la alabanza incesante a Dios y en la ayuda al prójimo.

La oración fue tenida por Calasanz como uno de los medios más eficaces al alcance del maestro para la educación, tanto intelectual como moral.

El maestro y el Prefecto de la Oración Continua eran los encargados de enseñar al niño el modo de orar vocal y mentalmente, personal y comunitariamente.

Todos debían conocer de memoria las principales oraciones de la Iglesia. La mayor parte de ellas eran impetratorias y de acción de gracias, y venían usadas como medio de ayuda social a favor de los hombres y de la Iglesia (cf. SJC, pp. 516-523).

Al comenzar las lecciones, se rezaba el «Ven, Espíritu Santo», la Salve y su oremos. Al sonar la campana por la mañana y por la tarde, el Angelus. Y al concluir las clases se rezaban las letanías junto con otras oraciones.

i) Prácticas piadosas en casa

90. Calasanz incluyó en los Reglamentos de sus colegios la regulación de la conducta extraescolar de los jóvenes, incluso en el campo de la piedad (cf. SJC, pp. 345-349).

j) Catequesis extraescolar, Oratorios y Congregaciones

91. De la catequesis ya hemos hablado. El Oratorio consistía en una reunión previa a la celebración de la eucaristía, los domingos y festivos. Después de una breve lectura espiritual, una exhortación tenida por uno de los Padres, los alumnos mayores rezaban el oficio de la Virgen, y los pequeños el rosario (SJC, pp. 339, 485, 583). En el tiempo que mediaba entre la Catequesis y las Vísperas, algunos religiosos acompañaban a los escolares al campo, fuera de la ciudad, donde jugaban.

Otro de los medios que Calasanz utilizó para la formación en la piedad fue las Congregaciones. La inscripción era

libre, y sus miembros, formando una asociación autónoma —con directivos elegidos por ellos mismos y caja común— se obligaban a ser más fieles servidores de María. Tenían sus reuniones dominicales y festivas, sus prácticas piadosas y mortificaciones voluntarias (cf. SJC, pp. 488-491).

Letras

92. Para Calasanz, la educación intelectual tuvo una apreciación por lo menos igual a la educación moral y religiosa (piedad). Defendió siempre que no puede darse una verdadera educación moral y religiosa sin una sólida educación intelectual, ni puede ser inducida al bien la voluntad si antes, o por lo menos simultáneamente, no es el entendimiento iluminado por la verdad.

a) El núcleo de las materias enseñadas

93. Calasanz quiere que se enseñe en sus escuelas fundadas para servicio de los pobres: lectura, escritura, ábaco (matemáticas), latín (gramática) y doctrina cristiana. Cada una de estas cinco materias —aparte de ser un elemento formativo del entendimiento— tenía su valor, su función y su finalidad sociales.

El mérito de Calasanz radica en su insistencia en la enseñanza de las matemáticas (ábaco), bastante descuidadas en aquella época; y en la enseñanza del latín (gramática) a los pobres, contra la oposición de la sociedad a dar una cultura literaria a estos niños (cf. SJC, pp. 417-420).

b) La enseñanza de la lectura

94. El principal objetivo a lograr era una lectura clara, seguida, correcta, de cualquier texto latino o italiano. El programa se desarrollaba en tres períodos diferentes: conocimiento de los sonidos con su grafía y de las sílabas; leer «el Salterio de corrida» (lectura seguida de un texto latino); y lectura seguida de libros en lengua vulgar. Cada uno de estos períodos duraba, al menos, cuatro meses.

Se enseñaba a todos simultáneamente, usando métodos intuitivos. Insistía mucho Calasanz en la necesidad de una buena impresión de los libros de texto, para facilitar el trabajo de los alumnos (cf. SJC, pp. 423-425).

c) La enseñanza de la escritura

95. La enseñanza de la escritura fue acaso más importante en la escuela calasanziana que la de la lectura, dada la gran utilidad práctica de la caligrafía para diversos empleos de la época accesibles a los pobres.

El objetivo era lograr una escritura ligera, disciplinada, casi caligráfica e intachable en cuanto a la ortografía.

Los alumnos imitaban las muestras que los maestros les proporcionaban, muchas veces impresas. Calasanz determinó incluso cómo debían ser los pupitres y qué distancia habían de guardar, para que el profesor pudiera moverse entre ellos.

Unas veces los mejores trabajos se exponían al público en las fiestas escolares, otras servían de ornamentación en las clases (cf. SJC, p. 425-429).

d) La enseñanza de la aritmética (ábaco)

96. Calasanz convirtió la aritmética en una de las materias principales de su escuela popular. Los motivos que le impulsaron a ello fueron de orden práctico (habilitaba a muchos pobres para ser contables, computistas, mecánicos del ejército, comerciantes...) y de orden intuitivo: entrevió la nueva orientación científicopositiva de los Kepler, Galileo, Newton.

Había que enseñar como mínimo las cuatro operaciones con enteros y fracciones. Se tenía especial cuidado de la aritmética comercial y, con frecuencia, también de la militar.

El maestro prescribía diariamente un gran número de problemas que los alumnos realizaban en sus casas.

Durante la vida de Calasanz, en algunos de los Colegios, se enseñó matemáticas superiores, según la «nueva

ciencia» de Galileo, de quien fue discípulo un grupo de escolapios alentado por el propio Calasanz (SJC, pp. 429-434).

e) La enseñanza de la doctrina cristiana

97. Calasanz consideró indispensable una enseñanza de la doctrina cristiana tan regular y normal como la de todas las demás materias escolares.

Su enseñanza escolar estaba sistematizada así: en un determinado día de la semana, el maestro explicaba en la clase la Doctrina (casi siempre por el catecismo del cardenal Belarmino). Los alumnos cada día debían aprender de memoria siete u ocho líneas del mismo. En dos o tres años se concluía el catecismo.

Además, cada jornada, tanto por la mañana como por la tarde, el último cuarto de hora se reservaba casi siempre para una explicación verbal de algún tema o alguna práctica de vida cristiana.

A esta doble enseñanza impartida a toda la clase, hay que añadir la instrucción que el alumno recibía en el pequeño grupo de la Oración Continua.

Fuera de las horas lectivas, los domingos y festivos, quiso Calasanz la catequesis pública, de la que ya hemos hablado (cf. SJC, pp. 434-437).

f) La enseñanza del latín (gramática, humanidades)

98. El conocimiento del latín tuvo para Calasanz — además de un valor cultural — un valor social, en cuanto que constituía la condición indispensable para proseguir estudios superiores y también para ejercer ciertas profesiones de menor importancia, de gran difusión y generalmente practicadas por pobres (notarios, copistas...) (cf. SJC, pp. 162-163).

El objetivo inmediato de su enseñanza era, pues, doble: para quienes después de tres o cuatro clases de gramática terminaban para siempre los estudios, se buscaba una pose-

sión más bien técnica del latín, con la que lograr ciertos oficios; para los que aspiraban a estudios superiores, se perseguía que alcanzaran todo lo que el Colegio Romano de los jesuitas daba a sus alumnos para poder acceder a ellos.

En esta enseñanza del latín, Calasanz no fue tan original como en la enseñanza de las cinco materias elementales. El latín abarcaba generalmente cuatro clases y estaba bien estructurado por la *Ratio Studiorum* de los jesuitas.

g) La educación estética

99. La caligrafía, la retórica y la poética tuvieron su función estética. Pero esa educación fue favorecida sobre todo por el canto y la música.

Calasanz fue un celoso impulsor de la música sacra reformada por Palestrina. Él mismo creó la escuela de música, entre otros motivos, para que los escolares pobres pudieran ganarse el sustento diario tocando un instrumento o cantando.

Estas escuelas de música y canto no daban una formación musical de base científica. Fueron centros modestos de divulgación, donde los alumnos obtenían un complemento de su cultura, un refuerzo para su sentimiento religioso y, en otros casos, un medio de ganarse el pan.

Además del canto y de la música, tuvieron también su parte en la educación estética de los alumnos las representaciones escénicas, imprescindibles en aquella época. Calasanz, sin embargo, las permitía tan sólo con muchas reservas, porque entendía que perturbaban el desenvolvimiento de los estudios, fomentaban la vanidad y otras inclinaciones negativas (cf. SJC, pp. 550-566).

h) La educación física

100. Calasanz dio gran importancia a la buena salud física y psíquica de sus alumnos y atendió mucho a su higiene personal. El medio que utilizó fue los recreos en común o paseos, que se tenían dos veces al menos por

semana: domingos y jueves. Se iba fuera de la ciudad y allí se jugaba a la pelota, al balón, a las bochas o al tejo.

Aparte de estos paseos, no hallamos huella de una educación física sistemáticamente practicada en las primeras escuelas calasancias (cf. SJC, pp. 567-573).

i) La educación social

101. El hecho de que Calasanz se abriera, después de 1617, a admitir en sus escuelas a ricos y nobles con los pobres, conjuntamente y sin distinción alguna de clase, tuvo su indiscutible significación social.

A esta igualdad y respeto mutuo entre los alumnos contribuía también la obligación de que llegados al aula debían saludarse los compañeros, y en sus conversaciones habían de tratarse de usted en señal de respeto, siguiendo los usos de la época.

Se infundía en el ánimo de los alumnos el sincero aprecio por la pobreza, base segura de toda formación social, y al trabajo. No se admitían ventajas o privilegios por otro motivo que no fuera la integridad de costumbres o mayor diligencia y aprovechamiento en el estudio (cf. SJC, pp. 402-405).

Los reglamentos colegiales prescribían el trato afable y la obediencia alegre a los padres, los maestros, las autoridades y, en general, a los mayores, en justa correspondencia al respeto, adaptación y veneración externa que Calasanz exigía a los educadores de cara a sus alumnos (cf. SJC, pp. 345-347).

j) Ciencias mayores

102. Calasanz no se detuvo en el simple conocimiento de las reglas y método didáctico de las cinco materias elementales. La fundación de la Escuela Superior de Matemáticas de Florencia (1630), su admiración y estrecha relación que algunos de los suyos llegaron a tener con Galileo y con otros célebres matemáticos y físicos del tiempo, su inclinación personal y su intuición, que pres-

gió la dirección científicopráctica de los nuevos tiempos y la parte importante que en ellos tendrían las matemáticas, hicieron que obligara a una buena parte de sus religiosos a estudiar matemáticas superiores (cf. SJC, pp. 149-150).

La enseñanza del latín en Italia fue impulsada por el mismo Calasanz, competentísimo en este argumento, al propiciar una nueva gramática —la del P. Apa— que sirviera «para ayuda de los pobrecillos, que no pueden entretenerse muchos años en el estudio de la lengua latina» (EP, c. 3769).

Dado que para Calasanz el educador total es el pedagogo-sacerdote, fomentó también los estudios necesarios de filosofía y teología, con mayor apertura por su parte al pasar los años, aunque sin llegar a doctas especializaciones (cf. SJC, pp. 200-206).

Hasta casi un siglo después de muerto Calasanz (año 1731), no se zanjará con la bula «Nobis quibus» de Clemente XII la polémica sobre la posibilidad de enseñar los escolapios a sus alumnos las «ciencias superiores», si bien nos consta que viviendo el Santo ya se explicaban en algunos colegios matemáticas superiores, griego, filosofía y casos de conciencia (cf. SJC, pp. 266-267).

k) La enseñanza de la lengua vulgar

103. Su enseñanza no constituyó una asignatura. Se hacía a través de las clases de lectura, escritura y latín; las «pláticas» o sermones que los alumnos debían pronunciar en la catequesis dominical y academias; y mediante las representaciones escénicas (cf. SJC, pp. 231-235; 427-428; 459-462; 565).

Método

104. Una vez que Calasanz adoptó el sistema de clases separadas para cada edad y para cada unidad didáctica, siguió, como necesaria consecuencia, el método llamado *simultáneo*: todos los alumnos de una clase son instruidos al mismo tiempo y en idéntica materia. Esto, que ya regía

en las escuelas de secundaria (enseñanza media), lo introdujo él en las elementales. Fomentó el método *intuitivo*, a base de disputas semanales, tenidas cada sábado, sobre las materias desarrolladas en los días precedentes, y ejercitaciones mensuales en prosa y en verso; con los pequeños empleaba grandes cartelones, donde aprendían a leer y captaban las escenas bíblicas.

Se pueden observar indicios del método *mutuo* en la escuela calasanziana: los decuriones (alumnos aventajados que ayudaban al maestro) instruían a veces a sus compañeros y les tomaban las lecciones. Defensor de la memorización, pedía Calasanz al mismo tiempo que se hiciera razonar a los alumnos, y les proponía composiciones literarias en las que argumentar a favor o en contra de una tesis.

También hay pruebas de que Calasanz aplicó el método *mixto* (conjunción del simultáneo y el mutuo) en la sección de humanidades.

Calasanz prescribió en sus Constituciones el método de enseñanza única y uniforme en todas las clases y colegios. Tal orientación de carácter disciplinar no anuló en absoluto la posibilidad de innovación y progreso educativos. Muy al contrario, él buscó siempre y mandó buscar un método «sencillo, eficaz y, en lo posible, breve» —en oposición al barroquismo de la época—, «adaptado al alumno», «el mejor entre los preconizados por los más doctos y expertos en la materia» (cf. CC, 203, 194, 317, 332, 207, 216, 215, 212; SJC, pp. 273-276).

a) Prevención

105. En otro orden de cosas, hemos apuntado ya que Calasanz empleó un método preventivo, que apartaba a los niños del poder corruptor del ocio, del ambiente degradado de la miseria, del pecado y de los malos compañeros. Se sirvió para ello del continuo control vigilante, la atractiva ejemplaridad de los educadores y las minuciosas prescripciones de los reglamentos, en referencia a cada particular de la vida del educando, dentro y fuera del centro, y para eliminar toda fácil ocasión de pecado (cf. SJC, pp.

471-473). Una de las prácticas calasancias que más contribuyó a esta prevención del mal fue el acompañamiento de los alumnos a sus casas («las rutas») (cf. SJC, pp. 362-370).

Calasanz dio mucha importancia a las lecciones ocasionales, que, sin estar programadas, calan tan hondamente en el educando.

No fue su escuela pura teoría, sino que quiso una enseñanza intelectual y moral, que sirviera para la vida, que fuera practicable (cf. SJC, pp. 416-417; 503; 547).

b) Emulación y castigos

106. Según las costumbre de su tiempo, Calasanz fomentó entre sus alumnos el espíritu de emulación, para alcanzar de ellos la mayor diligencia posible. Tanto las clases de escritura, lectura y ábaco, como las de gramática (latín), estaban divididas en dos bandos «contrarios», con sus respectivos decuriones y otros oficiales.

En las clases elementales, ciertos días el alumno destacado era nombrado «Emperador» durante una semana. En las superiores, la sección vencedora recibía recompensas. Existía también el emperador por todo un curso escolar.

El Ministro local solía distribuir premios a los más diligentes en sus frecuentes visitas a las aulas. Y lo mismo el P. Provincial. Además, dos o tres veces al año tenía lugar un público reparto de premio a los mejores (cf. SJC, pp. 462-465).

Con el uso prudente de la emulación y las correcciones verbales a los negligentes, sólo hubo que recurrir en casos extremos al castigo corporal, vigente en la época, pero muy suavizado en cantidad y crudeza por Calasanz. La escala empleada en los castigos fue: la negación del premio otorgado a los más aplicados; la corrección de palabra; el banco de los perezosos; y, en los casos extremos, el castigo corporal, ejecutado por el Corrector. Calasanz usó, con los incorregibles, la expulsión del colegio (cf. SJC, pp. 538-545).

107. Calasanz es quien transforma la Enseñanza Elemental o Primaria de unitaria en graduada y acomoda a sus fines la graduación existente en los colegios de Secundaria de jesuitas. Y la plantea como sistema abierto, con facilidad de acceso tanto al mundo laboral como a los estudios superiores (cf. SJC, p. 284-294).

a) Estructura escolar

108. Las clases se hallaban siempre agrupadas en dos secciones: escuela elemental y escuela secundaria (de gramática o media). La sección elemental tenía como base tres clases distintas. La secundaria constaba de seis.

De los documentos existentes, se deduce que en los colegios principales no faltaron las tres clases fundamentales de la sección elemental, pero la «escuela de leer» se dividía en dos y hasta en tres o cuatro clases. La *primera* (octava para Calasanz) se llamó «escuela de la Santa Cruz» o bien la «escuela de leer deletreando» o «escuela de los pequeñines». En ella se aprendía «la señal de la santa cruz y el deletreo». La *segunda* (séptima) era la «escuela del Salterio». En ella se enseñaba a leer el Salterio, a lo que se añadía, además, en voz alta el principio de la doctrina cristiana y las oraciones necesarias». La *tercera* (sexta) se llamaba la «escuela de leer de corrido» y se enseñaba en ella «a leer de corrido libros en lengua vulgar, como el libro de las vírgenes» o vida de santas. La *cuarta* (quinta) era la clase de escribir. En ella se enseñaba «la escritura con tal facilidad, que, en el espacio de tres meses o cuatro, los dotados de buen pulso aprendían una forma suficiente de letra».

En algunos colegios esta cuarta clase «de escribir» tomaba tres opciones, una vez obtenida una buena escritura: 4a) escuela de ábaco y escritura, «puesta a disposición de aquellos que han de ejercitar algún arte»; 4b) escuela de los primeros elementos de la gramática latina y escritura, para quienes «querían seguir en las letras»; y 4c) escuela de música y escritura, para quienes deseaban ganarse la vida con la música.

109. En cuanto a la sección clásica o gramatical, cuyo principal objetivo era el perfecto aprendizaje de la lengua y literatura latinas, las clases de gramática formaban siempre la parte preponderante y faltaban a menudo del todo las de humanidades y retórica. Su programa era así: en la *quinta* (cuarta de gramática) se enseñaban los principios elementales, los rudimentos de la gramática latina, la declinación de los nombres simples y compuestos, la conjugación activa y pasiva, y las reglas de la concordancia; y por supuesto, la doctrina cristiana. En la *sexta* (tercera de gramática) se profundizaba en el conocimiento de las conjugaciones y concordancias y se leía los *Diálogos* de Juan Luis Vives o el libro cuarto de las *Epístolas familiares* de Cicerón; y se continuaba con la doctrina cristiana. En la *séptima* (segunda de gramática) se concluía el estudio del verbo y se daban las reglas principales de la sintaxis de las proposiciones, se comentaba un libro de las *Familiares*, de Cicerón, y las *Églogas*, de Virgilio; y continuaba el estudio de la doctrina cristiana. En la *octava* (primera de gramática) se completaba las reglas de la sintaxis y se daba algunas estilísticas; se explicaba el *De officiis*, de Cicerón, y la *Eneida*, de Virgilio; no faltaba tampoco la doctrina cristiana.

En los tiempos de Calasanz, además de estas cuatro clases, existían también en algunos colegios clases de humanidades, retórica y poética (cf. SJC, pp. 256-265).

b) Duración del curso escolar

110. Comenzaba el 3 de noviembre y concluía el 20 de octubre.

c) Jornada lectiva

111. Las lecciones escolares eran matutinas y vespertinas y duraban dos horas y media por la mañana y otras tantas por la tarde. La hora del comienzo variaba, según las estaciones. Por la tarde se daba preferencia a las materias más fáciles y al ejercicio de las cosas aprendidas (cf. SJC, pp. 330-332; 337).

d) Exámenes regulares

112. Al ingresar un alumno se le examinaba para ver qué clase le correspondía. Cada cuatro meses había exámenes de promoción, pero si el maestro veía que un alumno estaba preparado antes para promocionar, solicitaba un tribunal que, presidido por el Prefecto, verificaba la conveniencia o no de la promoción. Ese sistema pone de manifiesto a la vez una intuición pedagógica y una finalidad práctica (cf. SJC, pp. 276-278).

e) Número de maestros por aula

113. En las clases de la sección elemental, dado el número relativamente grande de alumnos, Calasanz prefirió dos maestros a uno: el principal y el ayudante. Aquél era el responsable absoluto de su clase. Él la guiaba desde la mañana a la tarde, acompañaba a los alumnos a la iglesia y a sus casas, guiaba su vida espiritual y orientaba su progreso intelectual. Era quien velaba de cerca todo el proceso educativo de cada alumno.

En la sección clásica, por el número relativamente escaso de los alumnos, bastó siempre un maestro para cada clase.

La intención primitiva de Calasanz fue que cada maestro se especializara en una materia y quedase siempre en la misma sección (cf. SJC, pp. 269-270).

f) Diversos tipos escuela

114. Ya en vida de Calasanz, se dan casos particulares de otros tipos de escuela, como la Escuela de Nobles de Florencia (año 1638) y la Escuela Superior de Matemáticas también de Florencia (año 1630), el Internado del Colegio Nazareno de Roma (año 1630).

Estructuras y organización

a) Edificio

115. Calasanz exigía que quienes pedían la fundación de un colegio proporcionaran: vivienda para los religio-

sos, edificio para la escuelas, iglesia, biblioteca y una huerta contigua (cf. CC, 145 y 178).

Prefería que sus colegios se ubicaran en ciudades pequeñas y pobres. Si estaban en ciudades grandes, buscaba el corazón de los barrios más pobres, siempre los de más población infantil. Cuando había que edificar de planta, quería que la obra fuese «sencilla, de poco costo, pero bien ordenada» (CC. 181; TONTI, n. 23, 26).

Las aulas debían estar separadas de las habitaciones de los religiosos. Eran decoradas con trabajos de los alumnos y cada otoño se blanqueaban y se reparaba el mobiliario.

El edificio de las aulas debía tener comunicación con la iglesia y con un salón para las Academias (ejercicios literarios).

Existía un aula para la doctrina cristiana. La clase de escritura debía ser lo suficientemente amplia como para que los maestros pudieran transitar entre las mesas y poder guiar a los alumnos.

Era imprescindible el agua corriente y un patio o jardín. Calasanz dio mucha importancia, por razones de higiene, a la ubicación y cuidado de los «lugares comunes» o retretes (cf. SJC, pp. 352-359).

b) Material didáctico

116. Calasanz se preocupó de los libros de texto, fomentando entre los escolapios su publicación; debían estar escritos en lengua vernácula, incluso la gramática latina. Dispuso también la edición de libros de piedad, unos y otros adaptados a la capacidad de los alumnos. Él mismo escribió y mandó imprimir un catecismo, titulado *Algunos misterios de la Pasión de Nuestro Señor*, un *Reloj de la Pasión*, una *Corona de las Doce Estrellas* y numerosas oraciones, estampas religiosas, etc.

Quiso que la impresión de los libros fuera de calidad y que su contenido pudiera servir de provecho a los padres de los alumnos (cf. CC, 213).

Con los pequeños usó cartelones, para la iniciación intuitiva de la lectura y de la Historia Sagrada.

A los alumnos más pobres les proporcionaba gratuitamente el material de trabajo y quería que los maestros preparasen previamente las plumas con las que los muchachos habían de escribir, para un mayor aprovechamiento del tiempo de clase (cf. SJC, pp. 387-391).

c) Reglamentos colegiales

117. Además de lo que hoy llamaríamos «manual de funciones», recogido en las Constituciones y Ritos comunes, conservamos numerosos Reglamentos de las escuelas, de los internados y de los maestros, redactados por él unos, y otros simplemente revisados y aprobados.

En ellos brilla la obsesión de Calasanz por el método uniforme «fácil, útil y breve»; la interacción de la piedad o «santo temor de Dios» y las letras; su capacidad organizativa; y su preocupación por matices educativos, rayanos en lo minucioso (cf. SJC, pp. 343-350).

d) Obligatoriedad de la escuela

118. Con la obligatoriedad de la asistencia, que habría de ser controlada no sólo por el maestro del aula y el prefecto, sino incluso por la autoridad pública, según la mente de Calasanz, quiso él ejercer cierta presión sobre los padres que no velaban por el bien de sus hijos o que por su extrema pobreza querían aplicarles inmediatamente a cualquier trabajo utilitario; y sobre los mismos alumnos mayores, que, acostumbrados al ocio, no daban importancia a la asistencia diaria a clase (cf. SJC, p. 71).

119. Como síntesis de la doctrina pedagógica de Calasanz, podemos señalar los siguientes puntos de su pensamiento educativo:

1. Calasanz descubre el valor reformador de la educación desde la compasión amorosa con la infancia y juventud pobres. De ahí que su larga y variada práctica pedagógica tenga un principio unificador: el amor paciente o la paciencia amorosa que penetra todo el tejido de la pedagogía de Calasanz. El «santo temor de Dios» hunde también sus raíces en el amor.

2. Para Calasanz quien educa es Cristo a través de la acción del Espíritu. El maestro es «instrumento», que «en actitud humilde debe esperar de Dios Todopoderoso los medios necesarios para ser eficaz cooperador de la Verdad, pues Él lo ha llamado como bracero a esta mies fertilísima (de la educación)» (CC, 3).

3. El ministerio de la enseñanza educa al hombre «mediante las letras y el espíritu, la luz de Dios y del mundo» (TONTI, 9). Son dos vertientes de una única educación, y por ello Piedad y Letras siempre han de ir unidas. Ambas realidades se perfeccionan interaccionándose y han de fundirse en la persona del educador (piadoso y pedagogo) y del alumno (miembro de la Sociedad y de la Iglesia) (CC, 210 y 203).

4. Cronológicamente coinciden en Calasanz su «segunda conversión» y su fuerte experiencia mística, por un lado, con la entrega definitiva al ministerio de la educación por otro («He encontrado en Roma...» año 1600). Desde este momento van creciendo en él una espiritualidad pedagógica y una pedagogía espiritual.

5. Fruto de la libertad de espíritu es, en Calasanz, su fidelidad a la jerarquía y a la doctrina de la Iglesia y la gran apertura de mente y corazón, manifestada, por ejemplo, en la acogida de niños judíos y protestantes; la elección de los mejores métodos, cualesquiera fueran sus autores; el acercamiento a la controvertida «nueva cien-

cia» y a algunos personajes censurados por la autoridad eclesiástica, pero innovadores en el saber.

6. Su aportación más valiosa como principio pedagógico fue la convicción de que, si la educación comienza desde los más tiernos años, se puede esperar un curso feliz de la vida entera (CC, 2). Por ello luchó tesoneramente contra el sentir común de su tiempo hasta sembrar en la Historia el germen de una escuela cristiana y popular, pública y obligatoria. Se adelantó así, en varios siglos, al pensamiento y a la práctica de la sociedad europea.

7. La filosofía pedagógica de Calasanz está en línea con el personalismo. Es profundamente antropocéntrica al tiempo que cristocéntrica.

8. Respecto al saber y al servicio de Dios no cuentan privilegios de clase ni acepción de personas.

9. Hay que educar a cada alumno según las propias aptitudes para guiarle de acuerdo con ellas. Las tendencias meramente humanas, viciadas por el pecado, han de ser reorientadas. Pero hay que atender a la «la interna inclinación» que suscita el Espíritu a cada uno para guiarle (cf. CC, 23).

10. Fueron los niños y jóvenes pobres quienes le ganaron el corazón, si bien abrió posteriormente sus puertas a todas las clases sociales, al ir adquiriendo un sentido más amplio de universalidad e integralidad.

A los pobres quiso dar —mediante un método fácil, útil, breve, el mejor entre los mejores y una escuela graduada—, una formación humana y cristiana e instrumentos para insertarse en la vida con un trabajo digno o la posibilidad de llegar a la universidad bien preparados.

11. Con ello estaba colaborando a la Reforma de la Sociedad y de la Iglesia, ya que la elevación intelectual, moral y religiosa de las clases populares redundaba en mejora de una y otra. Con su escuela, Calasanz no trata sólo de ayudar al pobre, sino, sobre todo, de combatir la pobreza; rehúye lo meramente asistencial.

12. Podemos afirmar que Calasanz es el descubridor de la enseñanza como un ministerio eclesial nuevo, «diferentísimo y compendio de todos los demás ministerios» (TONTI, n 20 y 25). Y, en consecuencia, el fundador de la primera Orden religiosa que tiene la enseñanza de los niños y jóvenes como «instituto propio» (CC, 1,5...).

13. Algunos Fundadores y Fundadoras posteriores descubrieron en el carisma de Calasanz una imagen del suyo propio, o bien lo desarrollaron en aspectos implícitos y complementarios, y colocaron a sus respectivas Congregaciones bajo el patrocinio del Santo. Estos Institutos, juntamente con las Escuelas Pías, forman en la Iglesia la Familia Calasancia.

14. La confirmación de la visión profética de Calasanz se manifiesta en las numerosas Instituciones Religiosas dedicadas a la educación, en la entrega de muchos laicos cristianos a la misión educativa, en el desarrollo de la mística de la educación en los padres de familia y en la importancia trascendental que los gobiernos de todo el mundo conceden a la tarea educativa.

15. Compartir la misión educativa, instructiva y pastoral e incluso su mismo carisma, abre posibilidades nuevas al futuro desarrollo de la obra de Calasanz.

2.3 Rasgos de una pedagogía espiritual

120. La experiencia espiritual de Calasanz informa su concepción pedagógica y su praxis educativa. Por lo tanto su pedagogía es una pedagogía espiritual que se caracteriza por rasgos como los siguientes:

- el compromiso educativo —preferentemente a favor de los pobres— se vive como verdadero «ministerio» apostólico;
- la educación impartida tempestivamente se considera como la intervención decisiva para asegurar el bien de la persona y de la sociedad;

- el compromiso más fuerte hay que reservarlo para los más necesitados de ayuda (la mejora del pueblo es el verdadero progreso de la sociedad);
- la promoción cultural y humana de las nuevas generaciones no hay que verla como un lujo o privilegio de una minoría, sino como un derecho de todos;
- la acción educativa ha de comenzar desde la primera infancia, cuando los niños son más maleables;
- colaboración apreciada y requerida expresamente con la familia;
- se debe instar a las autoridades públicas para que se tutelen el derecho universal a la educación;
- la educación debe tender más a prevenir el mal que a corregir y reprimir un desarrollo errado de la persona;
- si es menester, el educador ha de saber corregir tempestiva, razonable y amorosamente;
- la acción educativa debe estar impregnada de un gran amor al alumno y ha de realizarse con paciencia tenaz, sin pretender ver resultados inmediatos;
- el educador es «cooperador de la Verdad», pero su colaboración es preciosa e indispensable y, por eso, ha de traducirse en una presencia constante y discreta;
- se ha de actuar con el firme convencimiento de que es posible armonizar la fe y la razón; la verdadera ciencia nunca podrá obstaculizar la fe genuina;
- la acción educativa tiene que hacer crecer armónicamente al hombre y al cristiano, asegurando a la vida del joven un desarrollo integral y feliz;
- el educador cristiano logra descubrir, en los instrumentos de la gracia dados por Cristo, recursos preciosos para superar obstáculos y favorecer una auténtica maduración del educando;

- el educador debe ayudar al joven a conseguir habilidades que le permitan una positiva, rápida y digna inserción profesional y social;
- gran importancia dada a las actividades paraescolares de tipo religioso, recreativo y formativo;
- opción clara en favor de un método didáctico breve, claro y práctico; y apertura a los métodos nuevos que se compruebe son verdaderamente eficaces;
- validez permanente de la escuela como medio preferente y fundamental para la educación;
- la educación popular es el medio más eficaz de reforma de la sociedad y de la Iglesia.

La fórmula Piedad y Letras, que aparece con frecuencia en las Constituciones de Calasanz y que con el tiempo ha llegado a ser el lema programático y sintetizador de su obra, es una afortunada expresión de la síntesis de espiritualidad pedagógica y de pedagogía espiritual e indica, simultáneamente, la dimensión integral de su programa educativo, que tiende a hacer crecer juntos al hombre y al cristiano (FEP, n. 7).

